LA HOSTERIA VOLANTE

NÚMERO ESPECIAL

EL ENCUENTRO
PERÓN – DISANDRO
CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO

EL OÍDO DEL ALMA.
QUINCE DÍAS EN ESPAÑA

UNA CARTA DEL
GENERAL PERÓN

OPERACIONES JESUÍTICAS

54

Escaneado con CamScanner

LA HOSTERÍA VOLANTE

Órgano del pensar *AMERICANO* para una cultura humanística y política, AMERICANA

Número 54 **La Plata** **Enero de 2009**

TEXTO PARA RECORDAR

Una carta del General Perón

En este comienzo del siglo XXI, para muchos peronistas – o que creen serlo – el pensamiento del General Perón no es más un reservorio de inteligencia viva y de lúcido magisterio político. Más bien escuchan los cantos de sirenas de aquellos que, siendo peones del poder sinárquico, pronuncian discursos seudo-nacionales, como forma de derivar y neutralizar las verdaderas fuerzas espirituales y políticas de los pueblos soberanos de América Románica; peones mundialistas que – incluso – se dan el lujo de nombrar o citar a Perón y a Eva Perón como forma de asegurar el éxito de sus operaciones. Estas maniobras confusionistas no son para nada nuevas, más tratándose de la captación, infiltración y derivación del Movimiento Nacional Peronista. Por ello, la carta que a continuación reproducimos, ilustra sobre la visión que el General Perón tenía de esta grave cuestión estratégica y táctica.

Para un ámbito particularmente controvertido y propenso a la confusión ideológico-política, como es el de la provincia de Córdoba, intensamente trabajado por el clericalismo jesuítico, herramienta clave de estas operaciones de confusión y derivación de inteligencias libres y de voluntades políticas, Perón entrevé con claridad y anticipación las líneas de enfrentamiento que se desplegarán durante la década posterior a la redacción de esta ilustrativa carta. Enfrentamientos que afectaron decisivamente el despliegue constructivo de su tercera presidencia y la continuidad histórico-política del Movimiento. Confusión, derivación de fuerzas, falsas opciones, estériles enfrentamientos dialécticos se repitieron y se repetirán en esta sufriente Argentina hundida en el reino de la mentira, generados incluso por quienes afirman ser militantes de las "fuerzas nacionales", aunque sólo sean piezas menores del Frente del Algodón. Por ello es imperioso volver al magisterio fundacional del General Perón y anticiparse, al menos en el plano de la claridad política, a los acontecimientos que puedan sobrevenir.

Madrid, 30 de julio de 1966.

Señor Enrique Pavón Pereyra
Buenos Aires
Mi querido amigo:

He recibido su carta del 15 de julio pasado que contesto y le agradezco las informaciones que me hace llegar. En cuanto se refiere al compañero y amigo Dr. D. Julio Antún me place que todo sea como me dice, porque tengo de él lo mejor como concepto peronista, y mis palabras eran sólo un consejo para él, ya que por mi aprecio me interesaba que no cometiera errores. Yo se de sus valores como dirigente político en Córdoba y tengo también concepto formado de los que lo atacan, en especial de Obregón Cano, Tecera Martínez o Elpidio Torres y otros elementos un tanto descalificados del peronismo cordobés, de manera que en nada desmerece el amigo Antún en la comparación, y mis palabras sólo iban como un consejo para evitar sectarismos que suelen ser perjudiciales a los propios que lo practican.

Espero que le haga llegar mi palabra en este sentido, porque no quisiera que interpretara mal mis palabras, que no han sido de reconvención sino de atemperamiento, ya que no tengo la menor duda de sus razones; pero, aún con éstas, en política conviene no hacerlas explotar en la cara de los demás. Los que proceden mal sucumben víctimas de su propio mal procedimiento; por eso es mejor dejar obrar a los propios hechos antes que tomarse las cosas a lo Júpiter Tonante.

(Continúa en retiración de contratapa)

Escaneado con CamScanner

EL ENCUENTRO PERÓN – DISANDRO

Contexto histórico y político

El 6 de enero de 1967 el fundador de *La Hostería Volante*, Carlos A. Disandro viaja rumbo a Madrid, convocado por el General Juan D. Perón, único conductor estratégico del Movimiento Nacional Peronista y del pueblo argentino, quien reside en la capital española desde enero de 1960. ¿Por qué lo convoca?

Disandro remitió a Perón, con carta adjunta del 2 de agosto de 1966, su ensayo titulado "*Estrategia de un régimen sinárquico. Contradicciones políticas y régimen sinárquico*"[1], concluido el 18 de julio de 1966, antes de cumplirse un mes de actuación del gobierno *de facto* encabezado por el general Onganía: la "Revolución Argentina". En dicho estudio Disandro analiza la situación mundial y argentina desde los tiempos del "aggiornamento frondicíaco" y plantea las diferencias que este nuevo golpe de estado tiene respecto de la "Revolución Libertadora" de 1955, sea en sus fundamentos ideológico-políticos cuanto en sus consecuencias para la soberanía nacional. La misiva en la que el General Perón agradece y valora dicho estudio y, a la vez, le expresa a Disandro su anhelo de que lo visite en Madrid, está fechada el 30 de agosto de 1966[2].

El viaje se concreta luego de superar diversas dificultades de organización y de vencer sutiles resistencias de quienes, en nuestro país, fueron comisionados desde Madrid para facilitar el traslado. Por ello, como avanzada preliminar, a la llegada de Disandro al aeropuerto de Barajas, ya se encontraban en Madrid los compañeros Ing. **Roberto R. Cruz**, de paso para París, y **Martín Sierra Albornoz**, dirigente sindical de la Seccional Capital del Sindicato de Obreros Telefónicos; tenían por misión agilizar todas aquellas gestiones indispensables para que el encuentro programado – que suscitó tantas expectativas y entusiasmo entre los compañeros, amigos y allegados a Disandro, cuanto sorpresa y resquemor en muchos otros "compañeros" eclécticos e independientes respecto de la conducción del General – pudiera realizarse sin inconvenientes.

Como acto de disciplina mental e intelectual y como testimonio histórico de cuanto aconteciera durante su estadía en tierra española, Disandro redactó un sucinto diario, que tituló "*El oído del alma. Quince días en España*", sólo conocido por sus amigos más cercanos, y que se publica en esta entrega de *LHV*.

El encuentro entre Perón y Disandro, sustancial en los acontecimientos posteriores que culminarán en el retorno del Conductor a la Patria, como el contenido del diario de viaje que se publica, deben ser ubicados en un contexto histórico y político en el que se sinteticen doce años de desatinos políticos en la vida argentina y el marco mundial y regional en que sucede dicho despliegue. Para ello se podría tomar como punto de referencia el año 1955, con las sucesivas crisis del 16 de junio y del 16 de septiembre, que marcarán el derrocamiento del gobierno legal y constitucional de Perón y su posterior exilio[3].

Adoptamos, sin embargo, como punto focal para formular esa síntesis indispensable el año 1961, cuarto del mandato presidencial de Arturo Frondizi, año en que Carlos Disandro – por circunstancias impensadas y puramente fortuitas – se incorpora al cuerpo docente del Centro de Altos Estudios del Ejército Argentino, dependiente de la Secretaría de Guerra, para dictar "Filosofía de la Historia", materia correspondiente al Curso Superior de Coroneles. Dictará dicha asignatura entre los años 1961 y 1963, cuando es cesado luego de la entrega del gobierno por parte del "presidente-títere" José M. Guido a su debilitado sucesor Arturo H. Illía.

Antes de 1961.

La tiranía "liberticida" instalada en 1955 debe ser recordada por su secuela de proscripciones políticas (que comienzan con la derogación por decreto de la Constitución Nacional Justicialista de 1949), de fusilamientos, de persecuciones sociales; por el avasallamiento de las organizaciones sindicales, incluida la intervención de la Confederación General del Trabajo; por la enajenación del patrimonio nacional a partir de la adhesión al Fondo

---

[1] Cf. Carlos A. Disandro, *La conspiración sinárquica y el estado argentino*, Buenos Aires, Ediciones Independencia y Justicia, 1973.

[2] Dicha carta fue publicada en *La Hostería Volante*, nº 40, febrero de 1994.

[3] Cf. Juan D. Perón, *Del poder al exilio. Cómo y quienes me derrocaron.*, editado en Buenos Aires, sin otros datos bibliográficos. También cf. Juan D. Perón, *Realidad de un año de tiranía*, Buenos Aires, 1958.

Escaneado con CamScanner

Monetario Internacional firmada por el presidente Aramburu y la progresiva destrucción de la economía nacional a partir del "Plan Prebisch".

Sólo era cuestión de esperar el fracaso de la camarilla militar en todos los órdenes; rápidamente comienza la organización de núcleos de Resistencia que desplegarán su accionar en épica lucha político-sindical nunca acontecida en tierras de América. Dos acontecimientos cruciales marcan esta etapa:

a) Las elecciones generales convocadas el 12 de abril y llevadas a cabo el 28 de julio de 1957 destinadas a elegir Convencionales Constituyentes para la reforma de la Constitución Nacional, marcan un inesperado triunfo de los votos en blanco (2.115.861 votos), expresión política del pueblo peronista proscrito, que se impone a la UCR (2.106.524 votos) por un estrecho margen numérico, pero de indudable valor político.

b) En el mes de julio del mismo año, la camarilla gobernante convoca un Congreso Nacional para normalizar la Confederación General del Trabajo. Dicho Congreso abrirá sus sesiones el 26 de agosto siguiente con la presencia de más de 700 delegados en representación de 94 organizaciones sindicales y más de dos millones y medio de trabajadores organizados. El 18 de septiembre las deliberaciones del Congreso están estancadas. El interventor en la central obrera, el masón capitán de navío Patrón Laplacette sólo cuenta con el apoyo de treinta y dos gremios autodenominados "democráticos", liderados por el tristemente célebre Francisco Pérez Leirós y por Antonio Mucci. Por su parte, el sector mayoritario, de fuerte impronta peronista, conformarán las 62 Organizaciones Gremiales, en cuya operatividad orgánica se destaca el accionar doctrinario y político de José Ignacio Rucci, delegado de la Unión Obrera Metalúrgica de San Nicolás, en contraposición con el accionar disociador y pro marxista de Agustín Tosco, delegado de Luz y Fuerza de Córdoba. Es un enfrentamiento ideológico, político, sindical y personal que marcará la vida política y sindical en las décadas siguientes. El 15 de octubre de 1957 Perón escribe:

> *"Es muy importante, por lo que veo, realizar una verdadera unión con los gremios obreros, de manera que los dirigentes de las organizaciones políticas se persuadan de que en los momentos actuales, y dentro de nuestros planes, nada hay más importante que la acción de los sindicatos, desde que ellos son los que tienen la palabra y la tendrán aun con mayor importancia en los momentos más decisivos de nuestra acción final".*

En síntesis, el Movimiento Nacional Peronista demuestra a la Nación no sólo que está vivo, sino en condiciones de determinar el curso de los acontecimientos políticos. El gorilaje derrotado busca una salida política acordada, especialmente con el radicalismo. Pero la Unión Cívica Radical, sometida a las mismas tensiones que afectan a todo el arco político antinacional, se fragmenta en el sector "intransigente" encabezado por Frondizi y el sector "unionista" que tiene como figura a Ricardo Balbín: nacen la Unión Cívica Radical Intransigente y la Unión Cívica Radical del Pueblo. La tiranía apuesta a su continuidad pactando *sotto voce* con Balbín. Las elecciones generales son convocadas para el 23 de marzo de 1958 y se dirimirán entre las fórmulas Balbín-Del Castillo y Frondizi-Gómez.

Arturo Frondizi tuvo gran responsabilidad en la creación del clima golpista previo a la Revolución Libertadora, en particular por su cerrada oposición a los programas económico y energético del gobierno peronista. Y esta prédica antinacional estaba muy fresca en la memoria colectiva del pueblo peronista. Por ello sorprende que el 4 de febrero de 1958 el General Perón, exiliado en Ciudad Trujillo (República Dominicana) recomiende al pueblo y a las organizaciones peronistas el apoyo a la fórmula Frondizi-Gómez. Esta directiva provoca una reacción adversa en significativos sectores del Movimiento, en particular en diversos comandos de exiliados, vitales para el accionar conjunto de la Resistencia. Por ello el General autoriza nuevamente el voto en blanco para quienes no se sientan identificados con la alternativa "frondicista". Es que pocos sabían de la existencia de un acuerdo político entre Perón y Frondizi, suscripto además por John William Cooke y por Rogelio Frigerio, verdaderos gestores del pacto. Frondizi se obligaba a un conjunto de decisiones que deberían tomarse en plazos perentorios, de las cuales cuatro eran insoslayables[4]:

a) La devolución de los restos mortales de Eva Perón, sustraídos de su mausoleo en la Confederación General del Trabajo y mantenidos secretamente en el exterior;

b) La supresión de todas las medidas de proscripción política y sindical, con la devolución de las organizaciones sindicales a sus legítimos dirigentes y de todos los bienes gremiales confiscados;

c) La devolución de todos los bienes de la Fundación Eva Perón, también confiscados;

d) La revisión de todas las medidas de carácter económico y financiero adoptadas por los "liberticidas", lesivas a la soberanía nacional.

Frondizi gana las elecciones presidenciales, con un sustancial caudal de votos peronistas (obtiene 4.049.230 votos), siendo muy elevada la cantidad de votos en blanco (687.748 votos) frente a los obtenidos por

---

[4] El texto completo del Acuerdo puede leerse en el Apéndice documental de *Correspondencia Perón-Cooke*. Buenos Aires, Ediciones Parlamento, 4ª edición, tomo II, 1984, pág. 387.

Escaneado con CamScanner

Balbín (2.526.611 votos). Asumirá la Primera Magistratura de la Nación el 1° de mayo de 1958, conciente de su debilidad política, ya que no tiene ninguna intención de cumplir los acuerdos firmados con Perón y de que el frente militar está en su contra.

Con este pacto Perón logra dos objetivos tácticos sustanciales, que consolidan sus márgenes estratégicos, difíciles de desplegar desde el exilio:

a) Rompe el continuismo entre la Revolución Libertadora y un eventual gobierno radical de Balbín-Del Castillo;

b) Derrota la primera tentativa de establecer un "peronismo sin Perón", a partir de las operaciones políticas desplegadas por un grupo de exiliados en Montevideo (Alejandro Leloir, Ricardo Lagomarsino, Arturo Jauretche, el jesuita Hernán Benítez) que propiciaban que la conducción del Movimiento pasara a manos de Domingo Mercante, y un acuerdo entre éste y el gobernador electo de la Provincia de Buenos Aires, el antiguo miembro de la ilegal Junta Consultiva de la Revolución Libertadora, Oscar Alende.

El realismo político, sesgo inconfundible en su forma de percibir y analizar la realidad argentina, motiva que Perón declare en agosto de 1958:

> *"Nuestra conducta anterior y nuestra acción presente se encuadran perfectamente en los objetivos y en la misión establecidos: a la violencia y el terror hemos opuesto la insurrección y la resistencia; en la acción política hemos evitado el continuismo gorila; no estuvimos, no estamos ni estaremos con Frondizi, ni con los políticos que lo acompañan. Ellos se han comprometido a devolver al pueblo cuanto la dictadura reaccionaria le ha quitado y nosotros esperamos su cumplimiento. En caso contrario estaremos de nuevo en la insurrección y la resistencia hasta lograr los objetivos y cumplir totalmente la misión."* [5]

Frondizi asume la Presidencia de la Nación a caballo del cambio de década signado, en el panorama mundial y regional, por acontecimientos fundamentales que determinan una aceleración en los procesos de concentración del poder, es decir, de la convergencia sinárquica. Sólo enumeramos algunos:

a) En 1958 muere el papa Pío XII. Durante la agonía del Pontífice el Cardenal Eugène Tisserant intenta arrancarle la firma de un decreto pontificio que crea cardenal de la Iglesia al arzobispo de Milán, Juan B. Montini; pero el papa se resiste. Por ello el Cónclave elegirá un "papa de transición": el arzobispo de Venecia (de reconocida pertenencia masónica) Angelo Roncalli, Juan XXIII. Convocará en 1962 al Concilio Ecuménico Vaticano II, de carácter pastoral, sobre el que pueden estudiarse muchos pormenores recorriendo las páginas de *LHV*.

b) En enero de 1959 triunfa en Cuba la revolución castrista, que cuenta desde sus mismos orígenes con sustanciales respaldos de la masonería y de importantes sectores de las finanzas y de la prensa norteamericanas [6]. Las mismas fuerzas que se habían coaligado en Buenos Aires en 1955 para derrocar un gobierno legítimo, el del General Perón, esas mismas fuerzas ahora entronizan una revolución ideológica marxista, de corte internacionalista, que marcará el comienzo de una larga y disolvente operación de "trasvasamiento ideológico", para desviar a muchos e importantes dirigentes del Movimiento Peronista, comenzando por el mismísimo John William Cooke [7].

Lidera la revolución el ex alumno jesuita Fidel Castro Ruz, quien participara activamente del asesinato del dirigente liberal colombiano Jorge E. Gaitán (amigo de Perón) y del posterior "bogotazo" de 1948. Lo secunda Ernesto Guevara, el "Che", fugado de la Argentina luego de participar, junto con el radical Roque Carranza (ministro de diversos gobiernos radicales), de la serie de atentados ocurridos entre el 15 de abril y el 8 de mayo de 1953, con un importante saldo de muertos y heridos. *"Guevara fue integrante del Grupo Monteagudo y dentro de él, formó parte de Acción Argentina, fuerza de choque dirigida contra el dictador argentino (por Perón)."* [8]

c) En 1960 es electo presidente de los Estados Unidos el senador John F. Kennedy; asumirá en enero de 1961. La intensa propaganda de la época lo expone como una figura joven, católica, que no tiene grandes compromisos con la "vieja política" y que, por lo tanto, constituye una esperanza de cambio para la "nación del norte". En ese cambio se postula también una nueva actitud respecto de las naciones de América. El lanzamiento de la "Alianza para el Progreso", programa de ayuda (y de sometimiento bastante desembozado) que formula Kennedy, y el desarrollo de la Conferencia de Punta del Este marcan los lineamientos reales de aquel "cambio" tan publicitado.

---

[5] Declaraciones a la revista *Línea Dura*, número del 21 de agosto de 1958.

[6] Sobre estos tópicos cf. Nathaniel Weyl, *La estrella sobre Cuba. El asalto soviético al hemisferio occidental*, Buenos Aires, Editorial Freeland, 1961; también Antonio Santaella Blanco, *La masonería en la revolución cubana*, México, Editorial Menphis, 1961.

[7] Es significativo el progresivo silencio del General Perón ante los planteos que Cooke le formula desde Cuba. Situación que puede constatarse en la colección de correspondencia ya citada.

[8] Es muy ilustrativo el artículo de José C. Escribano, "Los cincuenta años de la revolución cubana", Nota II, *La Nación*, 4 de enero de 2009, pág. 6, de donde tomamos la cita. En dicho artículo se recuerda una semblanza del "Che" publicada por el mismo diario el 2 de enero de 1959.

Escaneado con CamScanner

En esta instancia el General Perón emite dos documentos sustanciales: su *Carta a John F. Kennedy*, de julio de 1961, y su fundamental ensayo *El imperialismo y la tragedia del dólar* [7].

En fin, tal como Perón previó en su percepción de la situación argentina, frente al incumplimiento del pacto por parte del gobierno de Frondizi, sobreviene un endurecimiento de las acciones de la resistencia organizada. En un sentido de estricta justicia, deben referirse al menos dos conflictos gremiales fundamentales por su capacidad de galvanizar la voluntad política de las organizaciones del Movimiento:

a) El 4 de enero de 1959 el Poder Ejecutivo envía al Congreso de la Nación un proyecto de ley que autoriza la privatización del Frigorífico Nacional "Lisandro de la Torre". En respuesta a esa iniciativa, el 14 de enero los siete mil trabajadores del frigorífico se declaran en huelga y ocupan las instalaciones industriales. La respuesta oficial es la represión mediante el uso de la fuerza militar. El conflicto se profundiza cuando se declara una huelga general en todo el país en apoyo de los trabajadores de la carne. movimiento que se extiende desde el 18 al 21 de enero de 1959.

b) En abril se declara una huelga en el sector bancario y de los seguros que se extenderá por sesenta y nueve días, conflicto que es apoyado con un paro general realizado el 15 de mayo de 1959.

En gobierno de Frondizi está acorralado. En rápida sucesión se producen:

1°) la renuncia del Ministro de Trabajo Alfredo Allende y su reemplazo por David Blejer, que refirma la política económica y social del gobierno: "los trabajadores deben producir sin protestar";

2°) El 12 de junio diversos diarios de gran circulación, y otros como *Correo de la Tarde*, publican el texto del acuerdo entre Perón y Frondizi;

3°) Para completar el cuadro, el 25 de junio es designado Ministro de Economía e interino de Trabajo y Seguridad Social, otro "meritorio" personero de la antipatria: el Ing. Alvaro Alsogaray.

En previsión de estos acontecimientos Perón emite el 25 de noviembre de 1958 una autorización a favor del dirigente metalúrgico Alberto Campos, integrante del Comando Superior Peronista, "*único que está autorizado en la República Argentina para tomar decisiones estratégicas en mi nombre y representación*", y en junio del año 1959 le dirige un telegrama con la directiva de que denuncie el Pacto firmado con Frondizi, señal a todas las organizaciones del Movimiento para que intensifiquen sus acciones de resistencia.

La respuesta de Frondizi es restablecer todas las proscripciones contra las organizaciones peronistas, entre ellas el nefasto Decreto 4161/56, y el 13 de marzo de 1960 decreta el *Plan de Conmoción Interna del Estado*, más conocido como "Plan CONINTES", que pretende darle basamento legal a las persecuciones; al frente del Comando "CONINTES" es designado el general Túrolo.

La situación del Ejército.

En esta síntesis debe dedicarse un análisis separado a la situación de las Fuerzas Armadas, en general, y al Ejército Argentino en particular. Si bien durante los diez años de gobierno constitucional encabezado por Perón mantuvieron una subordinación política al Primer Mandatario de la Nación, quien es al mismo tiempo Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, subsistían sin embargo diversos focos anti-peronistas que ya habían actuado entre 1943 y 1945.

Dichos grupos de presión quedaron transitoriamente al margen de la labor constructiva que las Fuerzas Armadas encararon como parte integrante de la Nación toda. Pero ese mismo estado de enquistamiento fue potenciando sus afanes golpistas. El 28 de noviembre de 1951 el general Benjamín Menéndez encabeza una tentativa de alzamiento, que fracasa. De la asonada participan oficiales intermedios del Ejército, entre ellos Julio Alsogaray, Alejandro Agustín Lanusse, Gustavo Martínez Zuviría, Manuel Reimundez y Luis Prémoli, entre otros.

El fermento revolucionario crece alentado por las prédicas clerical y liberal, que se intensifican y convergen desde posiciones antagónicas contra la legitimidad del gobierno constitucional. Los movimientos revolucionarios del 16 de junio y del 16 de septiembre de 1955 son suficientemente conocidos como para entrar en otros pormenores. Las purgas para "desperonizar" las Fuerzas Armadas tronchan las carreras de centenares de prestigiosos oficiales y suboficiales de las tres Fuerzas Armadas.

Pero los mismos fermentos alimentados tanto por nacionalistas clericales como por liberales y masones, estallarán en una confrontación intestina cuando el Presidente provisional, general Eduardo Lonardi (de cuño clerical) sea destituido por un más amplio movimiento con base en la Marina, cuyos líderes son los capitanes Arturo Rial, Aldo Luis Molinari y Francisco Manrique, y con sustento también en un amplio sector del Ejército, representado por el general Aramburu. El putsch contra Lonardi marca la única oportunidad en que el Regimiento

---

[7] La proximidad de la asunción a la Presidencia de los Estados Unidos por el senador B. Obama, presentado como un "nuevo Kennedy", y la similitud de circunstancias entre aquellos acontecimientos de 1960 y los del presente amerita que dichos documentos sean estudiados pormenorizadamente.

Escaneado con CamScanner

de Granaderos a Caballo, escolta y custodia del Presidente de la Nación, claudica de su misión y lo deja a merced de los sublevados. Su jefe es el teniente coronel Alejandro A. Lanusse.

Los sistemáticos atropellos a que es sometido el pueblo por parte del gobierno, más las crecientes tensiones internas que afectan al Ejército, mueven a un conjunto de militares y civiles a intentar un levantamiento contra el gobierno de Aramburu, designado en sustitución de Lonardi. El movimiento ha sido detectado por los organismos de inteligencia del Estado, que dejan correr los acontecimientos, mientras que Perón desde su exilio envía una carta al General Juan J. Valle, jefe de la intentona, desaconsejando la empresa y advirtiendo sobre los oscuros designios de la camarilla gobernante. El portador de esa misiva fue Jorge D. Paladino y en muchos sectores del Movimiento se duda sobre si dicha carta llegó efectivamente a manos de su destinatario. Lo cierto es que el levantamiento es sólo parcial y rápidamente los diferentes núcleos revolucionarios son sofocados.

De inmediato, las logias masónicas deciden fríamente la ejecución de los cabecillas del levantamiento cívico-militar del 9 de junio de 1956, decisión que se pone en práctica mediante un decreto presidencial suscrito por Aramburu, Rojas y Eduardo Busso. El siniestro Desiderio Fernández Suárez, hoy casi olvidado, será el responsable de los fusilamientos de militantes peronistas en los basurales de José León Suárez. Cuando familiares de algunos de los condenados intentan entrevistar a Aramburu para solicitar clemencia se les contesta con indiferencia: "El presidente duerme". Se consuma una verdadera orgía de sangre.

El estado de confrontación interna en el seno del Ejército se mantendrá durante el gobierno de Frondizi, quien sufre – o estimula – sucesivos planteos en los que la depuración de los cuadros de oficiales se hace más profunda. Proceso que culminará en los enfrentamientos ocurridos en 1962 y 1963. El General Perón afirmará, certeramente, que las Fuerzas Armadas han dejado de servir a la República para transformarse en fuerzas de ocupación. Este es el estado del Ejército que va a conocer Disandro desde dentro, a partir de 1961.

Excursus.

Carlos A. Disandro conoce a Perón en la Secretaría del Ministerio de Guerra en 1944, durante una entrevista concedida a un grupo de docentes y estudiantes de la Universidad de La Plata para dialogar sobre la situación que se plantea en ese ámbito académico, como consecuencia de la creciente oposición que manifiesta la Federación Universitaria de La Plata contra el gobierno cívico-militar de la Revolución de 1943; oposición avalada, entre otros, por el Presidente de la Universidad, Dr. Alfredo Palacios.

Estas maniobras son quebradas por la lúcida acción del Dr. Raúl de Labougle, amigo de Perón, quien logra encaminar las actividades universitarias hacia mínimos parámetros de normalidad. No obstante, la confrontación planteada hace eclosión el 17 de Octubre de 1945, cuando la Universidad de La Plata es ocupada por las organizaciones reformistas anti-peronistas y cercada por los trabajadores de los frigoríficos de Berisso, que se han movilizado en apoyo del destituido y encarcelado Coronel Perón.

Advenido el primer gobierno constitucional de Perón, en 1946, las universidades son intervenidas, se sanciona la Ley Universitaria 13031/47 y se ajustan los Estatutos Universitarios a la legislación aprobada. En este marco Disandro accede por concurso de méritos y oposición al cargo de Profesor Titular en la cátedra "Lengua y Cultura Latinas I", que desempeñará – junto con otros cargos académicos – hasta el advenimiento de la Revolución Libertadora.

En efecto, el gobierno de facto de 1955 decreta la intervención de las universidades nacionales, y en cada facultad o centro de investigación se constituyen comisiones especiales investigadoras, verdaderos soviets de graduados y alumnos, responsables de la "desperonización" de la Universidad: más de cuatro mil profesores e investigadores, llamados "profesores flor de ceibo", son expulsados de sus cargos académicos.

En la Facultad de Humanidades de la UNLP, Carlos Disandro corre igual suerte que muchos de sus colegas. Pese a tentadoras ofertas que le llegan desde Europa y Estados Unidos para continuar su carrera académica fuera del país, Disandro decide permanecer en la Argentina: comienza una dura y prolongada lucha en defensa de sus derechos y de su dignidad académica, lucha que se prolongará por más de diez años. De todos sus cargos y responsabilidades docentes sólo le respetan cuatro horas de "Castellano" en el Colegio Nacional "Rafael Hernández"; esa será su única fuente de sustento económico.

En estas dramáticas circunstancias, la decidida y generosa intervención de su dilecto amigo, y también discípulo, el Comisario – y Profesor de Filosofía – don Jorge Vicente Schoo le permite acceder a un cierto número de horas de clase, para dictar "Castellano" en la Escuela de Policía "Juan Vucetich", cuando ésta se encontraba acantonada en la localidad de Tolosa, cercana a La Plata.

Son años de privaciones, sacrificios, permanentes pruebas que templan el espíritu y predisponen para empresas de otras dimensiones. Schoo y Disandro serán quienes conciban el traslado de la Escuela al predio que actualmente ocupa en el Parque "Pereyra Iraola", traslado que se realiza sin autorización de la superioridad ni de las autoridades políticas, pero con una determinación y firmeza que la convierte en una verdadera empresa fundacional. Los pormenores de estos episodios pueden ser consultados en los diarios de la época.

Escaneado con CamScanner

Pero también son tiempos de persecuciones y "CONINTES", tiempos de exilios y prisiones por causas políticas y gremiales, que marcan cotidianamente la confrontación entre el pueblo peronista, organizado en la Resistencia, y el gobierno de Frondizi que se deteriora rápidamente.

En este contexto, una de las figuras emblemáticas del Peronismo, la más perseguida, el cantor y director de cine Hugo del Carril filmará exteriores de una de sus producciones en el ambiente natural de Parque, donde se encuentra acampando el personal de la Escuela "Juan Vucetich"; los cadetes actuarán como "extras" de la película. En retribución y agradecimiento, también filmará un corto publicitario sobre la vida en la Escuela, que llevará por título "*El sol entre las armas*", con textos de Carlos A. Disandro y dirección del mismo Hugo del Carril. Sin proponérselo, el general Carlos Toranzo Montero, Comandante en Jefe del Ejército, será colaborador indirecto de estos acontecimientos, al enviar consignados al Director de la Escuela su cámara de filmación personal y dos grupos electrógenos. ¡Insólito, pero verdadero! Este episodio merece una exposición más pormenorizada que aquí no puede hacerse.

Expulsado de la universidad, Disandro dicta diversos cursos a sus discípulos y amigos, debiendo cambiar de ámbito según las circunstancias lo indiquen; funda el Centro Platense de Estudios Universitarios y en 1959 aparece el primer número de *La Hostería Volante.* La intensidad de la lucha en el ámbito universitario, quebrado por la falsa dialéctica entre "universidad laica" y "universidad libre", lo testimonian, entre otros, los opúsculos *La universidad, órgano bolchevique* y *La universidad libre y la "táctica de Corea"*, ambos de 1961.

En el Centro de Altos Estudios del Ejército.

El Centro de Altos Estudios del Ejército dependía de la Secretaría de Guerra. Era un instituto superior de formación al que habían sido relegados los remanentes del "lonardismo" desplazado. El coronel Manuel Iricíbar era el Subdirector del Centro en tanto que el teniente coronel Juan F. Guervara – íntimamente ligado a Lonardi – se desempeñaba como Oficial Auxiliar de la Dirección.

Las nóminas de coroneles cursantes eran, en cada año, muy numerosas; pero a medida que se suscitaban las crisis intestinas, se veían diezmadas por las reiteradas bajas de oficiales que pasaban a retiro obligatorio luego de alguno de los episodios político-militares tan frecuentes en esos años. La sangría de materia gris y de recursos humanos formados era permanente y sistemática. Progresivamente el núcleo "duro" de los coroneles liberales anti-peronistas se fue consolidando y llegará a detentar el mando del Ejército bajo la comandancia de Lanusse. Fueron alumnos de Disandro, entre otros, Roberto M. Levingston, Alcides López Aufranc, Eduardo J. Catán, Virgilio Gorriz, Tomás Sánchez de Bustamante, etcétera, todos con decisiva participación en la "Revolución Argentina".

El programa de la asignatura a su cargo, "Filosofía de la historia", sigue a grandes trazos el programa del curso *Humanismo. Fuentes y desarrollo histórico*, con las adecuaciones necesarias al objeto del curso del que forma parte. Después de cada clase, en presencia de las autoridades del Centro, Disandro tiene oportunidad de conversar con muchos coroneles cursantes, principalmente sobre la situación del país; diálogos no siempre calmos, toda vez que Disandro plantea la necesidad de un acuerdo histórico entre el Ejército, columna fundacional de la Nación, y el General Perón, Conductor político del pueblo argentino. Los memoriosos recordarán, sobre estos diálogos, un memorable enfrentamiento con López Aufranc, quien abandonó el Curso sin completarlo, lo que no impidió que lograra su anhelado ascenso a general.

El año 1961 es un punto de inflexión fundamental en esta síntesis. En enero, Rogelio Frigerio se aleja del país rumbo a México y comienza a distanciarse políticamente de Frondizi, acentuando en cierta medida su acercamiento a Perón. En marzo el general Raúl Poggi reemplaza al general Carlos Toranzo Montero como Comandante en Jefe del Ejército. El 7 de agosto se inician las deliberaciones de la Conferencia Económica y Social de la OEA, en Punta del Este, a la que asiste Ernesto "Che" Guevara en representación de Cuba. El 18 de agosto Guevara viaja a Buenos Aires y se entrevista con Frondizi, lo que acentúa el enfrentamiento con el sector militar, mientras el Movimiento obrero continúa con sus planes de lucha: el 30 de octubre comienza un paro general en los ferrocarriles contra el despido de 80.000 trabajadores y la jubilación forzada de otros 20.000 Se militariza el conflicto, que se extenderá hasta el 10 de diciembre, en que el gobierno debe dar marcha atrás a sus decisiones. El año termina en tensa calma.

Después de 1961.

1962 es un año clave. En el plano internacional, el punto de máxima tensión estará marcado por la crisis de los misiles instalados por la Unión Soviética en Cuba y por la creciente tensión en Europa a propósito de la consolidación del Muro de Berlín y del bloqueo sobre la antigua capital alemana; en el orden interno por las elecciones provinciales convocadas para elegir gobernadores y legisladores. El 26 de febrero, en La Rioja, triunfa la UCRI, lo que alienta esperanzas en el partido gobernante. Pero la decisión se dará en la Provincia de Buenos Aires. La fórmula Framini-Anglada, que reemplazara a la original Framini-Perón, triunfa ampliamente sobre las fórmulas Acuña Anzorena-Orsi (UCRI) y Larralde-Solá (UCRP) en las elecciones del 18 de marzo. Este triunfo es

Escaneado con CamScanner

SECRETARIA DE GUERRA

BUENOS AIRES . de abril de 1962.-

Objeto: Asesoramiento para el C.A.E.

AL DOCTOR D. CARLOS A. DISANDRO

Con motivo de la participación de un porcentaje elevado de Coroneles, en las intervenciones de provincia recientemente establecidas (24-IV-62) por Decreto del Poder Ejecutivo, la Superioridad ha resuelto la suspensión del curso en el C.A.E. durante un lapso aproximado de 30 (treinta) días.-

En tal sentido la Dirección del Centro de Altos Estudios recaba de la proverbial gentileza del señor profesor y desde esta pausa de actividades docentes, su asesoramiento valioso referido a dos tareas de mérito:

1) Estructuración de un plan de enseñanza de menor exigencia para el lapso junio-octubre.-

2) Plan de capacitación profesional desde cadete a general.

El suscrito ofrecerá al señor profesor la información correspondiente a los fines señalados.-

Hace propicia esta oportunidad para saludar a Vd. con su consideración más distinguida.-

D. O.

MANUEL IRIOIBAR
CORONEL
SUBDIRECTOR DEL CENTRO DE ALTOS ESTUDIOS

Facsimilar de la notificación por la que se dispone la suspensión del Curso de Coroneles dictado en el Centro de Altos Estudios del Ejército, dependiente de la Secretaría de Guerra, con motivo de la crisis política desatada luego del triunfo peronista en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires, en 1962. Firma la nota el entonces Coronel Manuel Iricíbar, quien será Intendente de Buenos Aires durante la "Revolución Argentina".

Escaneado con CamScanner

acompañado por otros en diversas provincias. Derrotado en el plano estratégico y táctico, Frondizi anula las elecciones e interviene las provincias en que ganó el peronismo. Es el principio del fin: el 25 de marzo Aramburu solicita la renuncia de Frondizi; las tres Fuerzas Armadas se expresan en acuerdo con Aramburu y finalmente el 29 de marzo el Presidente es depuesto de su cargo. Ante las vacilaciones del general Poggi, jura como Presidente de la Nación el Dr. José M. Guido, Presidente Provisional del Senado.

En este cuadro de deterioro creciente de la realidad política y social, Disandro articula tres equipos de trabajo, destinados a intensificar el esclarecimiento político, la lucha en el ámbito universitario y la formación humanística de quienes en esos tiempos son sus discípulos.

El primero, fundamental, tiene su ámbito de actuación en La Plata y se sustenta en las actividades del Centro Platense de Estudios Universitarios y en el núcleo que sostiene la publicación de *La Hostería Volante*. Las actividades son intensas, se inicia una prolífica serie de cursos y publicaciones que aun hoy son materia de estudio. Con el correr del tiempo, en 1964, Disandro fundará el *Instituto de Cultura Clásica "Cardenal Cisneros"*, que institucionalizará estas actividades. En La Plata, Disandro, personalmente, consolida vínculos con diversos dirigentes del Movimiento, tales como el Dr. Amílcar Torre, el Prof. Otto Burgos, el Dr. Pedro Michelini, el Dr. Maggi (en cuya casa particular se realizan múltiples reuniones de organización y esclarecimiento), Omar Neyra y el Grupo "Tesón" y con dirigentes de la Rama Femenina, entre ellas Isabel de Idiazábal, Amadea Lescano de Alemán e Tania Taliberti. Muchos otros merecerían ser mencionados.

El segundo, destinado al despliegue político-sindical en articulación con diferentes organizaciones del Movimiento Peronista, estará integrado por el Ing. Roberto Cruz, Martín Sierra Albornoz, Juan y Pascual Graciusso, entre otros. Una primera iniciativa es la fundación del *Instituto de Estudios Nacional*, con actuación en la ciudad de Buenos Aires. Como parte de las actividades de este Instituto, Disandro pronunciará su memorable conferencia "*La Universidad y la Nación*". Este núcleo de trabajo coordinará a través de Enrique Pavón Pereyra con el Sindicato Argentino de Trabajadores Intelectuales, al que se integran importantes dirigentes políticos como el Dr. Edgar Sá, Alberto Baldrich y Eloy P. Camus. Hacia la rama política del Movimiento con el senador Juan Carlos Cornejo Linares, el Dr. Julio Antún, Juana Larrauri, Elena Fernícola. Hacia el sector gremial con José Alonso, entonces Secretario General de la CGT, Alberto Campos, Avelino Fernández y muchos otros.

En fin, el tercero, proyecta su actividad al ámbito político-militar y lo conforman los coroneles Carlos Desmarás y Virgilio Campi, Guillermo Cortelezzi, el "Gallego" Lacall. Según las circunstancias lo indiquen, también se sumará el Crio. Prof. Jorge V. Schoo. Su misión es enlazar con sectores militares en actividad, para ir transmitiendo la idea del valor estratégico de un entendimiento entre el Ejército y Perón como vía para superar los profundos enfrentamientos que afectan al país. No se descuidan, por otra parte, los vínculos con militares peronistas retirados como los generales Ernesto Fatigatti y José Embrión, y los mayores Pablo Vicente y Bernardo Alberte, entre otros.

La experiencia y el conocimiento que Disandro tiene de la realidad clerical y de los personajes que la determinan, sobre todo por sus vínculos anteriores con el Seminario Mayor de La Plata, con los Cursos de Cultural Católica y con el Convento de los Padres Dominicos de Buenos Aires y el conocimiento directísimo de las "trenzas" del poder universitario que entregaron la universidad nacional a los sectores liberales y marxistas, y dialécticamente, las universidades confesionales a jesuitas y canónigos como el sacerdote Octavio N. Derisi, esta experiencia personalísima se ve ahora completada con un conocimiento íntimo, desde dentro, del ámbito militar.

El caudal de información que Disandro recibe de los diferentes equipos políticos se transforma en publicaciones, estudios e informes que, lentamente, van tomando el camino de Madrid.

De 1963 a 1965.

En el orden internacional, 1963 está signado por dos hechos determinantes. El 3 de junio muere Juan XXIII. El 21 de junio, el Cónclave reunido en Roma elige como sucesor al Cardenal Montini, Paulo VI. Aunque hubiera podido dar por clausuradas las sesiones del Concilio Vaticano II, decide continuarlo y profundizar las reformas religiosas. Por otra parte, el 22 de noviembre es asesinado en las calles de Dallas el presidente John Kennedy; lo sucede el vicepresidente Lyndon Johnson, un hombre del aparato industrial militar: la guerra de Vietnam crecerá en violencia y en destrucción, y marcará en todo el mundo a toda una generación.

En nuestro país "gobierna" Guido, aunque debe llamar a elecciones generales: la convocatoria es para el 7 de julio. El Movimiento Peronista nuevamente será proscrito. El 2 de abril un nuevo enfrentamiento entre facciones militares marca el "triunfo" interno del sector "azul", cuya cabeza visible es el general Onganía: comienza la preparación de la "Revolución Argentina".

El 1° de mayo de 1963, en la celebración del Día de los Trabajadores, José Alonso, Secretario General de la CGT, afirma: "*Hoy tenemos a la Patria de rodillas frente a los poderosos; sus riquezas y tesoros hipotecados o comprometidos; el pueblo con hambre y sin libertades; la industria desalentada y el campo al borde del éxodo y la desesperación*".

Escaneado con CamScanner

El 3 de mayo se constituye el Frente Electoral Nacional y Popular, con mayoría peronista, que propone la fórmula Vicente Solano Lima-Carlos Sylvestre Begnis, aunque finalmente se inclinará por el voto en blanco, frente a las inhabilitaciones políticas que decreta el gobierno.

En las elecciones generales gana la fórmula Illía-Perette (UCRP) con un 22% de los votos, un porcentaje similar al de los votos en blanco. El gobierno radical, que asume el 12 de octubre de 1963, nace debilitado.

El 18 de enero de 1964 la Confederación General del Trabajo aprueba la primera etapa de su Plan de Lucha, frente al deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores. Es notable que los autodenominados "sindicatos independientes" (gráficos, mercantiles, viajantes, marítimos, entre otros) rechazan el plan de lucha porque "*está dirigido por politiqueros manejados desde el exterior*); llamativamente, la misma postura sostienen las corrientes trotzkistas en nombre de "la independencia política de la clase obrera".

Paralelamente, en el seno de la conducción del Movimiento se conforma la Comisión Pro Retorno de Perón: la integran Augusto Vandor, Andrés Framini, Delia Parodi, Alberto Iturbe y Adolfo Cavalli, entre otros. El 1° de mayo de 1964, durante un acto en el Sindicato de Obreros del Caucho, Framini anuncia el próximo regreso del Conductor al país. Por eso, el 25 de agosto de 1964, Perón comunica a todos los compañeros:

> "*Mi regreso al país obedece a necesidades, aparte de que existan razones poderosas para intentarlo en este año, según mi propia apreciación de la situación. Los muchachos que han estado conmigo en Madrid van animados de gran entusiasmo y decisión, llevan directivas precisas y un plan de acción bien concebido y, sobre todo, un entendimiento completo, como para que puedan obrar con perfecta armonía y coordinación en las distintas ramas del Movimiento.*"

Pero la organización no responde a las expectativas de Perón. Los fermentos del "peronismo sin Perón", del neo-peronismo, actúan de paralizantes de la acción de conjunto. Y aunque Perón se embarca en Madrid, junto a su esposa Isabel Perón, a Jorge Antonio y los miembros de la Comisión Pro Retorno, en un vuelo de Iberia con destino a Buenos Aires, son detenidos en el aeropuerto de El Galeno, Río de Janeiro, por exigencia del canciller argentino Miguel A. Zavala Ortiz al gobierno militar brasilero, encabezado por el mariscal Castello Branco, que el 9 de abril anterior había destituido al Presidente constitucional Joao Goulart. De esta manera Perón debe regresar a Madrid y aceptar condiciones de asilo más rígidas, que limitan sus movimientos políticos. El desprestigio de Vandor y los demás responsables de este fracaso crece en las filas del Movimiento; pero también crecen los estímulos para fortalecer el neo-peronismo y ganar autonomía respecto de las decisiones del General.

Esta situación hará crisis en 1965, cuando comience la campaña para las elecciones de gobernador en la provincia de Mendoza, que deben realizarse el 17 de abril de 1966. Vandor y sus seguidores desafían abiertamente a Perón proponiendo como candidato a Alberto Serú García; en tanto los sectores leales respaldan a Ernesto Corvalán Nanclares. El 25 de enero de 1966 Perón declara:

> "*Todo es consecuencia de los desmesurados apetitos de los que anhelan vender la liebre antes de cazarla. Episodios sin grandeza promovidos y protagonizados por hombres pequeños. Todos los movimientos populares adolecen siempre de estos defectos a cambio de otras virtudes con que se califican. Es un proceso natural de eliminación selectiva y por eso solo juega en el horizonte directivo. Unos subirán, otros bajarán, pero todos vuelan bajito. Los entourages, las roscas y las trenzas no son sino la demostración de lo poco que vale esta gente. Los gorriones vuelan en bandadas en tanto que las águilas van solas. Todo es juego de gorriones. Lo lamentable es, precisamente, que no aparezca un águila en las nuevas generaciones argentinas.*"

En una inesperada y genial movida estratégica, Perón dispone que su esposa Isabel viaje al país para intervenir directamente en la conducción del Movimiento y opere políticamente con el objetivo de neutralizar las acciones de Vandor y los suyos. La actividad política que despliega Isabel es intensa, de fuerte contenido doctrinario, tomando contacto con muchos sectores del Movimiento desconformes con el presente estado de cosas. Finalmente, aunque la elección es ganada por el Partido Demócrata de Mendoza, de orientación liberal, Corvalán Nanclares vence a Serú García por amplio margen. Nuevamente el triunfo de los sectores leales del Movimiento consolida la conducción estratégica de Perón.

El 28 de junio de 1966 un movimiento militar derroca al Presidente Illía y entroniza en el poder al general Juan C. Onganía. Comienza la "Revolución Argentina".

El momento del viaje.

Las actividades políticas de Disandro y sus equipos se intensifican. Ya envió a Madrid su estudio sobre los constitutivos ideológicos y políticos de la "Revolución Argentina"; ya ha recibido la invitación de Perón a

Escaneado con CamScanner

visitarlo en Madrid. Pero como el viaje se demora por causas ajenas a su voluntad, continua con su prédica y su labor política

Una ocasión para ello es la visita del historiador Arnold J. Toynbee a la Argentina, estando Onganía aun por asentarse en el poder. Este propagandista del Imperio británico recorre el país como si fuera suyo y tiene acceso tanto a cátedras universitarias como a todos los centros formativos de las Fuerzas Armadas. Propugna la construcción de un gobierno mundial que se estructure por encima de las soberanías nacionales: es un agente de alto nivel de los poderes sinárquicos, que presiona a favor de los intereses imperiales, ante un gobierno militar tenido por "nacional". Carlos Disandro solicita se le autorice la utilización de los mismos ámbitos formativos, en especial los militares, para contrarrestar el accionar mundialista del historiador inglés. Pero su pedido es denegado. ¡Todo un símbolo!

Por ello, el 21 de octubre de 1966, en colaboración con el Sindicato Argentino de Trabajadores Intelectuales y en la sede de la Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines, cuyo Secretario General es el compañero José Alonso, pronunciará su memorable conferencia "*Respuesta de un aborigen a Toynbee*", que repetirá en Córdoba y en La Plata en el mes de noviembre del mismo año. En la edición de 1° de noviembre de 1966 el diario *Córdoba* titula: "*Dice el Dr. Carlos A. Disandro: El historiador Toynbee prepara un gobierno mundial dirigido a favor del colonialismo*". En la foto que ilustra el reportaje que sigue se lo ve a Disandro acompañado por el Dr. Julio Antún. El texto de esta disertación también es enviado a Madrid, lo que consolida las perspectivas del viaje y el encuentro personal con el General Perón.

Después del viaje.

El lector dispone ahora de una breve síntesis referencial necesaria para el estudio de "*El oído del alma. Quince días en España*". Cada uno hará su propia interpretación y sacará sus conclusiones.

No obstante es menester puntualizar algunas derivaciones directas del encuentro entre Perón y Disandro, que se enmarcan en el programa de actividades doctrinarias y acciones políticas mutuamente acordadas:

1°) La conferencia "*Soberanía fundacional. Brasil y Argentina*", pronunciada por Disandro en Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Quilmes, Lanús y un sinnúmero de sindicatos, unidades básicas o sedes políticas del Movimiento Nacional Peronista, a partir de julio de 1967.

2°) La intensificación de las labores de esclarecimiento sobre política internacional, centradas en el concepto de "sinarquía internacional", que se va incorporando paulatinamente a la semántica política del peronismo;

3°) La edición de ambas conferencias, "*Respuesta de un aborigen a Toynbee*" y "*Soberanía fundacional. Brasil y Argentina*", lo que permite multiplicar el efecto formativo y de esclarecimiento hacia diversos ámbitos del Movimiento;

4°) La neutralización de ciertas operaciones de trasvasamiento ideológico, desplegadas en el seno del Movimiento Peronista por diversos sectores desleales derrotados por Perón y otros permeables a las doctrinas del judeo-cristianismo puestas en acción simultáneamente. El caso emblemático es el del Obispo de Avellaneda, Mons. Jerónimo Podestá quien propiciaba un vínculo discreto, pero directo, de núcleos de dirigentes sindicales con la revolución cubana. Alertado por las informaciones que le proporcionara Disandro, una gestión diplomática de Perón ante las jerarquías religiosas hace que el 5 de diciembre de 1967 Mons. Podestá deba hacer entrega de su sede episcopal al Nuncio Apostólico.

Hasta aquí esta extensa presentación histórica. Se ha completado un cuadro suficientemente abarcativo para abordar la lectura del diario de viaje. Muchos acontecimientos, nombres y testimonios quedarán para otra oportunidad; o para un trabajo histórico de mayor envergadura.

Muchos de los compañeros mencionados ya han fallecido hace mucho tiempo; comenzando por Perón y Disandro, los dos protagonistas principales del encuentro en Madrid. Aunque de manera incompleta a ellos se los menciona abiertamente. Muchos otros compañeros, partícipes y testigos de estos acontecimientos, viven; y a ellos, salvo el caso de Martín Sierra Albornoz por razones obvias, se los alude discreta, prudentemente.

A los primeros, a quienes ya no nos acompañan en estas luchas terrenas, pero nos fortalecen desde la inmortalidad, mencionar sus nombres es un merecido homenaje y un rescate del olvido, tan cruel para con los argentinos patriotas y abnegados, que lucharon decidida y desinteresadamente por los ideales de Soberanía, Independencia y Justicia.

A los segundos, a quienes viven y continúan defendiendo los mismos ideales, sea en un meditativo retiro o despl.-egando alguna acción constructiva, sin claudicaciones ni subalternas especulaciones, en este cincuentenario de la fundación de *La Hostería Volante*, la sincera y eterna gratitud de quienes, perteneciendo a generaciones posteriores, nos formamos y aun vivimos de sus ejemplos, de sus enseñanzas y de sus luchas por los mismos e eternos ideales.

J. M. D.

Escaneado con CamScanner

EL OÍDO DEL ALMA

Quince días en España

Dr. Carlos A. Disandro

INTRODUCCIÓN

Escribo estas primeras líneas dos días después de ocurridos los sucesos; pero los transcribo escuetamente y sin agregados, para que sirvan de introducción a las breves memorias de este sucinto diario, que inicio en Madrid el día 8 de enero de 1967.

6 – 7 de enero de 1967.

El día 6 de enero debo partir para España, en un avión de Aerolíneas Argentinas, que sale de Ezeiza alrededor de las 12,00 horas. Hemos convenido con algunos amigos, en La Plata, tomar el tren rápido de las 6,50 horas, y encontrarnos con otros en el *Grill* de Constitución, para ultimar algunos detalles.

Así se hace: estamos en Constitución a las 8,00 horas Vladimir F., Rufino L., Juancito Graciusso, Pascual Graciusso, Enrique Pavón Pereyra, Héctor L. y yo. Para comodidad del traslado decidimos viajar por separado; yo iré con Rufino hasta la compañía aérea, en la Avenida Córdoba, para llegar hasta el aeropuerto en el ómnibus correspondiente, y los demás se trasladarán en el auto de Juancito. Éste me lleva, junto con Rufino, hasta el local de la compañía: son las 9,00 horas de una mañana brillante y calurosa. Arreglo los problemas de equipaje y me quedo esperando el ómnibus, junto con Rufino. Estoy algo fatigado por las alternativas de los días anteriores. A la media hora llega el amanuense de Pedrito [Michelini], para despedirme y explicarme algunos otros detalles de menor importancia. Finalmente sale el ómnibus con buen pasaje, por la Avenida 9 de Julio, toma el rumbo de Constitución, hasta alcanzar la Avenida San Juan. Así llegamos a Ezeiza.

Allí encuentro a otros amigos que van a despedirme; son muchos y en todos hay expectativa, cariño y emoción. Al retirar el número de asiento veo delante de mí a un hombre joven, que toma la ubicación 13 A, en un lugar de dos ubicaciones; pido pues el 13 B, para evitar los asientos de tres pasajeros.

Llega la despedida. Camino hacia el avión sin volver la cabeza; hace calor, hay un sol brillante y nítido, y un viento cálido me golpea el rostro y desordena mi corbata. Camino con rara seguridad hacia la escalerilla; una azafata me indica torcer un poco el rumbo, hacia el costado del jet: se llama "*Las Tres Marías*", y viajo el Día de la Festividad de los Reyes Magos.

Me ubico en el asiento que elegí: el 13 B, junto con el joven, más bien bajo, de traje gris oscuro, que he encontrado en el despacho de los asientos. Guardamos silencio mientras se hacen los últimos preparativos. Recibimos el saludo comercial de la tripulación y la orden de ajustar los cinturones de seguridad. Estoy ubicado en la parte trasera del fuselaje, más o menos hacia el centro y a la izquierda. Mi compañero ocupa el asiento de la ventanilla, y yo el del pasillo; estamos justo sobre el ala, pero inclinando la cabeza se aprecia buena parte del panorama. En este tipo de aviones, ésta es la clase turística; estamos divididos de la primera clase por un marco, que cubre una cortina roja de dos pliegues. La gente empieza a fumar con verdadera furia, pero de a poco se imparte la instrucción de apagar los cigarrillos. El avión carretea con suavidad por la pista y gira hasta ponerse en la posición definitiva para decolar. Se oye un rugido más intenso y finalmente se inicia el ascenso. Apenas un malestar, más

Escaneado con CamScanner

nervioso que otra cosa, me incomoda en los primeros minutos; entretanto, el avión asciende como por sucesivos saltos; al menos, así me lo imagino yo.

Ya en el aire, después de unos instantes de recogimiento, inicio la conversación con mi compañero de viaje. Se ha quitado el saco y lleva una camisa de color gris oscuro, como si fuera ropa de trabajo; me sugiere un uniforme como el que usan los chinos, o algo parecido. Resulta ser un sacerdote, lo que me produce una extraña impresión, que ha perdurado en mi ánimo con rara tenacidad. Por lo general, suelo estar dispuesto a renunciar, y aún eliminar tales impresiones ante una expectativa mayor, como era el caso de mi destino por esta ruta misteriosa del aire. Sin embargo, perdura todavía la indescriptible sensación de ese momento insignificante.

Es pues un sacerdote español: se llama José Rivera y está en Chile, más concretamente en Valparaíso, junto con otros dos clérigos españoles. Es muy post-conciliar. Hablamos intermitentemente; lo interrogo sobre diversos aspectos de su misión o tarea, y me hace una declaración sorprendente:

– *Al principio, durante nuestro primer año de estadía en Chile, trabajábamos* ***sin templo.***

– *¿Y qué hacían?* pregunto

– *Predicábamos el mensaje,* contesta.

El término "mensaje" cobra una entonación rara, casi sectaria. Ha hablado largamente sobre la renovación del Concilio y sobre las esperanzas de ver concretadas todas las promesas que ha hecho Paulo VI. Habla del Papa con una gran displicencia, cosa que me sorprende; lo define con palabras de un teólogo protestante: "*un pontífice que da dos pasos adelante, uno atrás, uno a la izquierda y otro a la derecha*".

Después de una hora y media de conversación le regalo uno de los dos ejemplares que llevo de *San Juan Evangelista* – mi conferencia impresa en La Plata – que coloca junto con otros libros en el portaobjetos del asiento. Se hace silencio.

Llegamos al aeropuerto de El Galeao, en Río de Janeiro. Aquí nos detuvimos unos cuarenta y cinco minutos. El vuelo del avión permite apreciar algo de la bahía de Río de Janeiro y el color rojizo de la tierra: tierras oscuras y aguas oscuras, con un calor húmedo sofocante; siento más el calor porque llevo ropas de media estación, en previsión del frío de Madrid. Los turistas que viajan en este vuelo – muchos "nómades" – se parecen a los pasajeros de los ómnibus que viajan a Córdoba: desaliñados, despatarrados, viajan en indescriptible *pêle-mêle*, con excepción de algunas señoras que descenderán en Recife. Debemos bajar del avión. Vamos hacia el edificio central del aeropuerto, que recorro rápidamente; he perdido de vista al sacerdote. Entretanto me instalo en una de las galerías a observar la gente y los aviones: un inmenso avión de Varig levanta vuelo y se siente el aire caliente de las turbinas proyectado sobre el ámbito de las galerías. Confieso que sentí un poco de preocupación ante la aparente seguridad de estas máquinas.

Partimos nuevamente hacia Recife; se reproducen los movimientos y las sensaciones del aeropuerto de Buenos Aires. Aquí no sentí ningún malestar, excepto el que me causa el espectáculo de la gente, para mí verdaderamente impresionante.

Volamos hacia Recife, adonde llegamos aproximadamente a las 19,30 horas. Se trata de un aeropuerto relativamente chico, más moderno que el de Río de Janeiro; un gentío que se mueve, no se de dónde ni adónde; mucho calor húmedo y tan sofocante como el de Río; empiezo a sentir un malestar en la garganta y en la nariz: intuyo un resfrío en puerta, lo que me causa preocupación. Recorro las galerías del aeropuerto, de gran colorido y feo, por la mezcla de lo moderno, lo autóctono, lo pseudo-africano. Los brasileños hablan con gestos impetuosos y espontáneos, con voz entremezclada. Es una humanidad retraída, silenciosa y sufrida, en medio del ruido. Comentamos con el sacerdote algo de la situación religiosa de Brasil. Entretanto, llaman por los altavoces a los pasajeros de Aerolíneas Argentina, y debemos embarcar.

Volamos nuevamente. Por los parlantes se nos anuncia que hemos de volar a unos diez mil metros de altura y a unos 850 kilómetros por hora. Para decolar se nos pide ajustar los cinturones de seguridad, no se puede fumar, según avisan por los parlantes y por unos letreritos que se iluminan de color verde. Sin embargo, un brasileño que ha subido en Recife y que ocupa el asiento justo a mi lado, en el otro sector del fuselaje, comienza a fumar como si tal cosa. Me doy vuelta y le pregunto si no ha visto el cartel luminoso, si no ha oído la orden impartida por los parlantes; le señalo que por algo será que no se

Escaneado con CamScanner

puede fumar en ese momento. Decolamos y ascendemos. A los cinco minutos los pasajeros se desajustan los cinturones y comienzan a fumar como condenados, particularmente las mujeres. Esto acentúa mi malestar en la nariz y en la garganta. El cruce del Atlántico llevará alrededor de cuatro horas, hasta llegar a Dakar, próximo aeropuerto de nuestro itinerario.

Reinicio la conversación con el sacerdote. Esta vez es él quien me pregunta, pues ha hojeado algo del *San Juan Evangelista*, y comprende que estoy en otra cosa. Contesto con simplicidad y gran convicción, sobre todo al entrar en el tema del canto gregoriano. Al principio me escucha con cierta sorna displicente, pero que se cambia en azoramiento y miedo. Veo detrás de él la imagen de sus años vacíos: es un universitario, estudiante de ingeniería, que eligió el sacerdocio y, aparentemente, se encuentra sin rumbo. Hace un comentario sobre el *San Juan*, uno de cuyos párrafos lee en voz alta. Hablamos de España y de la situación del clero, particularmente en Barcelona, hacia donde se dirige. Veo en el porta-objetos del asiento un pequeño libro que, interpreto, puede ser el *Breviario*. Le pregunto si todavía lo reza; me contesta que no, que tiene autorización para lecturas bíblicas, y que él ha elegido ¡el Evangelio de San Juan! Toma el librito pero, sin mostrármelo, me dice que es una edición en catalán. Comprendo la inmensidad del abismo que nos separa.

A la altura en que nos encontramos se siente frío, pero resulta agradable, después de la atmósfera de Recife. Algunos pasajeros piden mantas, otros se acomodan para dormir. El avión está sumido en la oscuridad, salvo las luces individuales que, aquí y allá, se encienden y apagan. Previamente una azafata ha hecho una demostración de cómo colocarse un salvavidas neumático, una especie de camisa que se anuda a la cintura y se infla con la boca, como un globo. Pienso que se trata de un detalle psicológico, pues sería muy difícil salvarse en medio del océano, si el avión tuviera que descender o cayera en la soledad de las aguas. Conversamos otro rato y, al fin, el sacerdote se pone a dormir. Entrecierro los ojos, pero no duermo. En la oscuridad, de vez en cuando, pasa una azafata u otro tripulante.

Llegamos a Dakar. Es una noche relativamente calurosa, pero de clima más diáfano que el de Brasil. Son aproximadamente las 03,00 horas de la mañana, y supongo que, si ya estamos en el hemisferio norte, aquí será invierno; hay una temperatura de unos 24°, según han anunciado al descender. Caminamos guiados por un africano hacia el edificio central. El aeropuerto es de un exotismo ridículo, que me fatiga; pero todos lo admiran. Es amplio y cómodo, típico lugar de nadie en este trasiego internacional. Subo al primer piso por amplias escaleras hacia el bar, donde tomo una bebida fresca, junto con el sacerdote. Apenas si conversamos. Desciendo y me siento a esperar el aviso de partida, que se imparte en francés y en castellano. Los negros me parecen irreales, cada uno con traje diverso, con sus raros atuendos y con un andar que expresa un ritmo interior muy distinto del nuestro; comprendo ahora mis reflexiones sobre los negros: es la estirpe de la expectativa, sin misión histórica, ***en el sentido romano de la expresión***. El aeropuerto combina algo de egipcio, norteamericano y francés, con aguas interiores que caen ruborosamente desde el primer piso hasta la planta baja, plantas exóticas, entramados de cemento que, junto con las luces y los diversos planos de la construcción, hacen un ambiente de aparente maravilla, para mí de evidente fealdad.

Resta la última etapa: desde Dakar a Madrid, aproximadamente otras cuatro horas de viaje. Volamos nuevamente a diez mil metros de altura. Estoy un poco cansado y prefiero guardar silencio. Mi compañero de viaje parece dormir profundamente. Veo amanecer desde el avión: a mi derecha una franja de intenso dorado, que no he visto nunca en las auroras contempladas desde de la tierra; es un dorado brillante y denso, que disminuye cuando comienza el descenso; el avión parece hundirse nuevamente en una penumbra grisácea, un poco melancólica. Ya estamos próximos a Madrid, sobre cercanías que se divisan cada vez mejor. La luz ha aumentado, aunque hay nubes y una cierta niebla; se distinguen sin embargo, lomas, sembradíos y corrientes de agua.

Por fin aterrizamos. Es una mañana muy fría. Me abrigo lo mejor que puedo y desciendo en el aeropuerto de Barajas: son las 08,00 horas de la mañana, y por la presencia de escarcha parece haber helado fuerte. Camino en dirección a la salida para los trámites de ingreso y aduaneros: se va por un corredor hacia una escalera mecánica que lleva a amplios salones. Primero debo presentar el pasaporte; falta una tarjeta donde deben consignarse todos los datos de identidad; por lo general suele llenarla la empresa que vende el pasaje; a mí no me dieron esa tarjeta; cumplo el requisito y así puedo pasar para los trámites aduaneros. Viene luego la espera del equipaje, que es transportado por cintas mecánicas a lo largo de una sala amplia y alargada. Mientras espero el mío, oigo la voz de Martín [Sierra Albornoz] quien, con el permiso del guardia aduanero, entra. Llega por fin mi valija; junto a mí está el sacerdote

Escaneado con CamScanner

que ya ha abierto la suya. El guardia aduanero que me atiende es un español bajo, de rostro blanco, en el que se nota la barba oscura bien rasurada; el trámite es rápido: me pregunta que traigo: "ropa", contesto. No me examina el portafolio ni la valijita de mano. Sobre cada bulto coloca una "B" con tiza blanca. Salimos enseguida al exterior del aeropuerto y tomamos un ómnibus de Iberia, que nos transporta al centro de Madrid. El ómnibus inicia la marcha por la carretera que une el aeropuerto de Barajas con la capital; la ruta es amplia y de una cierta belleza. El aire frío me ha despejado la cabeza, aunque el resfrío avanza ostensiblemente. Penetramos en los accesos de Madrid por una ruta bordeada de amplias construcciones para viviendas. Ya desde el avión, y sobre todo al recorrer los primeros kilómetros en ómnibus, me ha sorprendido el color de la tierra. Llegamos hasta la estación de parada, desde donde tomamos un taxi que nos conduce al hotel, donde ya están hospedados Martín, el Ing. Roberto Cruz y su colega. Se trata del Hotel Emperatriz, calle López de Hoyos 4, esquina "a la Castellana", o según el nombre completo Avenida Paseo de la Castellana. Son aproximadamente las 09,00 horas de la mañana.

Estoy, al fin, en Madrid, después de incontables vericuetos humanos. Se ha impuesto una providencia incuestionable. Vengo con una misión delicada, pero dispuesto a ser fiel y dócil al oído, y pronto a superar las contradicciones o las dificultades que se presenten. Todo será sometido a la serena apreciación que gobierna la realización de este viaje.

8 de enero de 1967.

Hace justo un día que estoy en Madrid. Un fuerte resfrío me impide pensar con plenitud. Pero he advertido ya algunas cosas, para mí significativas:

1°) El color de la tierra;

2°) Una cierta parsimonia o indiferencia de la gente;

3°) Una atmosfera de silencio, de resignacion o fatalismo;

4°) Una extraña atmósfera de simpatía y platitud al mismo tiempo, que no encuentro en Argentina. Me sugiere algo de Cordoba, o algo de Salta.

La caminata de ayer, ya de noche, por el centro de Madrid, por las calles de Alcalá y José Antonio, en medio del frío cortante, nos condujo a la primera iglesia que visité: la Real Iglesia de Calatrava, cuyo barroquismo dieciochesco me produjo, después del frío, una extraña sensación de soledad e incomunicacion. Quiza haya que absorber desde adentro esta contextura española para comprender muchas cosas.

Mi resfrío me impide conversar con mis amigos por temor a que el aire helado y húmedo dañe más la garganta. El itinerario nos lleva a una casa de antigüedades: son misioneros de la China que hacen negocio con valiosas colecciones orientales. Algunos magníficos arcones me traen a la memoria ciertas reflexiones de F[anny]. Hay aquí, en esta venta, un refinadísimo fariseísmo, muy fácil de identificar. Varios sacerdotes de rigurosa sotana ofrecen o explican el producto: a mí me sugiere un extraño contraste toda esta *mélange*. Converso con un sacerdote de rostro achinado, aunque es evidentemente español; tiene un tipo similar a un correntino. Lo interrogo sobre la muestra y sobre China. Pero es muy parco en sus respuestas y no quiere en realidad dialogar: quiere vender. Le digo que somos de Buenos Aires. Estamos Martín, los dos ingenieros y yo. Pero este nuevo ingrediente a tan extraña situación no le despierta ningún entusiasmo. Mi resfrío, entretanto, me quita las ganas de sacarlo de su cueva espiritual: pienso que se quedará allí como Fafner, en medio de sus tesoros orientales. ¿Y la Iglesia?

Salimos de nuevo al frío, que siento sobre todo en los pies. Cruzamos en medio de un gentío, por la Puerta del Sol. Pienso de nuevo en aquel silencio y soledad que ya me ha impresionado. Volvemos al hotel. Mañana a las 10,00 horas debo entrevistar por primera vez a Juan Domingo Perón. No se que oculta el horizonte, pero espero confiado en que mis débiles fuerzas propongan una salida eficaz.

Partí de Buenos Aires el 6 de enero; llegué a Madrid el 7 de enero, a las 8,00 horas de la mañana. Encontré a mis amigos y compañeros Martín Sierra Albornoz y el Ing. Roberto Cruz, éste último de paso para Francia. Ellos ya habían entrevistado a Rodolfo Valenzuela, a quien puedo conocer en una rápida entrevista en un lujoso hotel, cercano a mi alojamiento. No parece enterado de mi viaje, y me observa con curiosidad y desconfianza. Estoy advertido de ciertas situaciones personales entre Jorge Antonio y Rodolfo Valenzuela. Además Martín ha tomado contacto con la señorita Elena L., secretaria del primero, a fin de urgir una entrevista el domingo 8, en razón del viaje del ingeniero Roberto Cruz, nuestro inestimable compañero de tareas y preocupaciones. Martín me ha puesto al tanto de lo ya

Escaneado con CamScanner

actuado desde el día anterior. Al parecer ha habido alguna pequeña confusión, pues creen que alguno de nosotros es un general, incluso de un nombre muy germánico.

A las 10,00 horas del 8 de enero viene a buscarnos el auto con el señor Francisco Giménez para conducirnos a Puerta de Hierro. El señor Giménez, que hace de secretario de Jorge Antonio y es colaborador del General Perón me explica los inconvenientes que ha habido, y por qué razón no hubo nadie en el aeropuerto el día de mi llegada. Al mismo tiempo se entera de que entre nosotros no hay ningún general, que sólo se trata de concretar esta entrevista, para que pueda participar el Ing. Cruz. Subimos al auto y corremos a los pocos minutos por una ancha avenida – la Avenida Sanjurjo – para tomar la ruta que va hacia La Coruña, a cuyos costados se levanta la ciudad universitaria. Nuevamente advierto el color tierno – como con sordina – de la tierra, algo semejante al color de la sierra cordobesa en el invierno. Aquí, sin embargo, es más sostenido y amplio, más profundo y homogéneo.

En un momento dado torcemos brevemente a la derecha y llegamos a la casa de Perón, sobre el costado derecho de la calle, en una zona residencial con amplios parques. Cruzamos la entrada de la residencia y somos atendidos en el acto por una empleada de la casa, de rostro sencillo. Con el señor Giménez ingresamos en un amplio vestíbulo que se comunica a la izquierda con una espaciosa sala, ordenada como un cómodo living. En el ambiente hay sobriedad, dentro de lo que puede ser sobriedad en España. Un vasto ventanal muestra los árboles del invierno y una leve tonalidad dorada envuelve la atmósfera. Son aproximadamente las 10,30 horas de la mañana del domingo 8 de enero de 1967.

Pasan muy pocos minutos y llega el General. El señor Giménez hace la presentación, y a mi vez le presento a mis compañeros y amigos, el Ing. Roberto Cruz y Martín Sierra Albornoz. Todo se ha desarrollado con extraordinaria naturalidad y simpatía. El General nos invita a sentarnos con sencillez y cordialidad. La conversación se orienta enseguida hacia el panorama del país, de cuya situación el General da muestras de estar bien informado, aunque tal vez no del todo alerta sobre algunos pormenores. Habla primero el General – explayándose largamente – con argumentos y tópicos que conocemos. Su voz es firme, su mirada es vivaz, en un rostro que suele cambiar de gesto por una inconfundible sonrisa. El señor Giménez parece aburrido; en cambio mis amigos están muy atentos, y por mi parte, seguro de completar ese panorama con otros detalles sugerentes. Cada vez que pregunto se me contesta con vivacidad y certeza. El General conserva, evidentemente, todas sus características; en especial su capacidad de enseñar.

El planteo que le sorprendió levemente fue, sin embargo, la cuestión de la instrumentación por parte del enemigo, de aquellos elementos supuestamente contrarios. Así se hacen las 12,00 horas. Intento levantarme en una pausa del diálogo, pero el General insiste en que nos quedemos un rato más. El señor Giménez – que seguramente habría oído ya muchas veces los análisis del General – despierta de su modorra y parece oírme con atención.

Pasadas las 12,30 horas nos retiramos, después de un primer diálogo de dos horas. He quedado con un ánimo expectante y tranquilo.

Juan Domingo Perón es un hombre de sólida cultura, de muchas lecturas y de citas restringidas, pero oportunas: su conocimiento de los hombres lo ha hecho escéptico en cuanto a algunas realidades, y lo ha ligado a instancias aparentemente más concretas. Mis reflexiones son recibidas con simpatía, aunque con cierta cautela, en cuanto a aspectos que él llama "subjetivos", a los que contrapone otros que denomina "objetivos".

La primera reunión ha sido fructífera. Han sonado, tal vez con intención, todas las cuerdas:

1°) Primero se entró en el tema económico, asunto en el que el General maneja datos oportunos y recientes; sobre este asunto respondí poco;

2°) Una larga exposición del General sobre los bloques internacionales motivó mi puntualización sobre el progresismo cristiano;

3°) Un análisis del gobierno y de sus nuevas designaciones llevó a analizar la cuestión de los modos como el enemigo se provee de elementos humanos. Aquí entró, en algún sesgo, la cuestión universitaria;

4°) La situación de las generaciones jóvenes y su esclarecimiento;

5°) El problema de la continuidad del poder sinárquico, términos que el General empleó reiteradas veces.

Regresamos nuevamente en auto, en compañía del señor Giménez. Ya en el hotel decidimos con Cruz visitar el Museo del Prado, que está abierto los domingos hasta las 14,00 horas. Nos encaminamos

Escaneado con CamScanner

pues, al Museo, que queda relativamente cerca de nuestro alojamiento. Sugiero visitar las salas de Velásquez, Goya y del Bosco, para no perdernos en medio de tanta imagen. En la salas XII-XV me sorprende en Velásquez la inmediata comunicación con el espectador. Me llama la atención la atmósfera que envuelve toda la composición, particularmente visible en el pequeño cuadro de la Villa de los Médicis.

Goya me repele: en medio de su vivacidad y colorido hay algo rígido y sin maestría; además respira mal gusto. El Bosco me sorprende, por el tono de la luz, a veces verdosa, más que por sus figuras. De paso observamos algo de Rubens; pero ya es casi la hora de cierre del Museo. Retornamos al hotel para almorzar.

Luego del almuerzo propongo que, después de las 16,00 horas, hagamos otra caminata, pues desde las 19,00 horas en adelante prefiero recluirme para terminar de curar mi resfrío. Hay un poco de sol, y aunque fría, la tarde no es tan húmeda. Descanso una hora, pero al bajar no encuentro a mis amigos. Decido salir solo hacia la Plaza Cibeles. a la que se llega por el Paseo de la Castellana, que se prolonga en el Paseo de Calvo Sotelo.

Delante de mí caminan dos sacerdotes, y pienso interrogarlos sobre los templos de Madrid. Sin embargo, al cruzar hacia un edificio con aspecto de arquitectura reposteril, frente a la plaza, advierto a un hombre joven, un poco aislado.

Le pregunto: *¿qué edificio es éste?*

El Correo, me contesta.

Yo quisiera – prosigo – *llegar hasta la Catedral ¿Cómo puedo ir?*

Me da las indicaciones; lo saludo y me voy. A las seis o siete cuadras, en un remolino de gente por Alcalá, al mirar hacia un costado, veo que camina mi ocasional interlocutor. Me acerco nuevamente, y le pregunto si también va en esa dirección. Parece no tener rumbo fijo, o en todo caso – como es domingo – aceptar todos los rumbos. Caminamos, pues, juntos en dirección a la Puerta del Sol, y desde allí me guía hacia la Plaza Mayor, que me produce un cierto pavor. Bajamos por una recova; algunas callejas denotan ambientes sórdidos. Llegamos a la Iglesia de San Isidro. Lo invito a entrar. Vacila un instante, pero entra. Me encuentro como si estuviera en la Catedral de Córdoba, o en la Iglesia de la Merced. El barroco disemina la muerte.

Ya somos amigos. Fuera del templo lo interrogo sobre su lugar natal. Es de Soria. Le elogio Soria por boca de Machado. Su familia vive en un pueblito, Berlanga del Duero. El joven se llama Félix Lozano. Caminamos sin descanso, hasta la Plaza de Oriente, el Palacio Real, etcétera. Terminamos tomando un cognac.

Atribuyo a este encuentro una significación simbólica, que no puedo desentrañar, tanto para Félix Lozano como para mí. Vuelvo al hotel sumido en profundas cavilaciones, y en un ómnibus de los que ya tomé ayer a la tarde. Por suerte no voy a sentir el frío madrileño; en mi habitación reanudo estas notas de viaje. Luego de la cena, mis amigos han de salir. Me recluyo nuevamente a hojear el catálogo del Museo de Prado, regalo de mi amigo, el ingeniero Roberto Cruz.

9 de enero de 1967.

Son las 9,00 horas de la mañana. Espero al señor Francisco Giménez, que habrá de conducirnos nuevamente a Puerta de Hierro. Entretanto aprovecho para continuar estas notas y reflexiones. El ingeniero Cruz y su colega se despiden de nosotros; alrededor de las 11,00 horas toman el avión con destino a París.

El aspecto del General Perón es de gran vitalidad. Martín me confirma que tiene ya 71 años; no los representa en realidad, pues parece un hombre de unos sesenta años. Mentalmente ágil está acostumbrado, sin embargo, a repetir un análisis algo esquemático, que ha perdido parte de vibración: a la misma interrogación de tanta gente, como es lógico, sigue la misma respuesta, que da, sin embargo, con natural espontaneidad. Su exposición tiene algo de profesoril, en cuanto a su costumbre de subdividir y enumerar contando con los dedos. No se trata de algo fuera de lugar, sino de una estructura conceptiva que le viene de su formación militar.

Escaneado con CamScanner

Llega el coche y salimos nuevamente por la carretera ya conocida. Es una mañana invernal, de escaso sol y un poco neblinosa. Vamos un poco lento por el tráfico, lo que pone nervioso al chofer. Llegamos por segunda vez a la residencia "17 de Octubre". Transpuesto el portón veo en la entrada al mismo General que nos espera, pese al ambiente frío. Lo interpreto como signo de cordialidad y de manifiesto interés personal.

Entro, pues, acompañado por el sueño de casa, pero esta vez al escritorio, que tiene un amplio ventanal hacia un costado de la casa. Dos sillas ya preparadas demuestran que el General ha previsto de antemano los detalles. Tomamos café y fumamos. La conversación versa sobre España y sus dirigentes, y sobre la situación de la Iglesia. Poco a poco nos encaminamos a tratar la situación de nuestro país. En esta oportunidad abordamos el tema de la forma de trabajo. Son las 11,15 horas. El General nos avisa que debe acompañar a su señora al médico. Entretanto baja la señora, menuda y aparentemente debilitada por alguna afección. Nos invitan a viajar con ellos a la ciudad. Martín se ubica con el chofer; el General, la señora y yo, detrás. Tengo oportunidad de observarlo de cerca: ahora sí se nota el curso de los años. Conversamos de España y Francia; sale el tema de René Descartes.

Entretanto vamos llegando a destino, pero el tráfico se embotella. La señora se pone nerviosa y se produce un diálogo entre ellos, a propósito de la tardanza en llegar al consultorio. Nos despedimos.

Volvemos al hotel, y de allí, antes del almuerzo procuramos una entrevista con la señorita Elena L. Nos atiende casi enseguida; su escritorio forma parte de una suntuosa planta baja: aquí todo es grande, grandioso y, para mi sensibilidad, descomunal. Desde las alfombras hasta el lenguaje, todo respira esa "grandiosidad" un poco hueca. ¿Es esto acaso un elemento del barroco?

La señorita Elena es una mujer delgada, más bien baja, de rostro almendrado y ojos grandes. Habla rápido, rapidísimamente, y observa con curiosidad, asombro y miedo; al menos es la impresión que me produce. Conversamos sobre los avatares del viaje, expongo mis dificultades y anhelos; creo que entiende perfectamente mi lenguaje calmo y de medias palabras. Salimos nuevamente para almorzar.

Durante el almuerzo discutimos con Martín las alternativas del diálogo y el tenor del breve programa que debo elevarle mañana a Perón. Propongo descansar un rato y volver al Museo del Prado, a eso de las 15,30 horas; tenemos tiempo hasta las 18,00 horas. Me recluyo a releer un poco la guía del Museo y a preparar la segunda visita: estará dedicada al Renacimiento italiano, a *El Greco* y a Ribera.

Salimos a la hora convenida; es una tarde gris, de profunda melancolía, sobre todo por una suerte de indefinición que flota en la atmósfera: de todo hay una mole imponente, y todo sin embargo parece débil y caedizo; lo único fuerte, aquí y en este momento, es esa tonalidad grisácea.

Ingresamos nuevamente en el Museo del Prado por la puerta del costado izquierdo, y marchamos hacia la sala de los italianos pre-renacentistas y renacentistas. Fra Angelico y Boticelli manifiestan, en su lapso interpuesto, la fractura de dos épocas. Me sorprende Mantegna: ahora creo que es uno de los más grandes pintores. Me desilusiona Tiziano, aunque – a decir verdad – la luz es inapropiada en todo el Museo, particularmente para este pintor. Rafael está representado por cuadros religiosos, de pastelería, y por algunos retratos que son asombrosos.

Nos encaminamos a las salas de *El Greco* y Ribera. De la primera sala de *El Greco* me sorprende el magnífico *San Antonio con la vara de æzucena*, que parece pintado en un violáceo-morado-gris, cuya luz sale de adentro de esa sombría tonalidad. De entre los grandes cuadros *Pentecostés* es, sin duda, el más profundo. Pero debo contemplarlo nuevamente. Ribera pinta sin profundidad, aunque con sentimiento y destreza. El contraste de amarillos y negros es demasiado simple para sugerir los efectos psicológicos que quiere el artista.

Vuelvo a la sala de los flamencos y del Bosco. Ya hay sombras en el Museo, y en medio de esa luz indecisa e invernal son más fulgurantes y sorprendentes las imágenes preternaturales del pintor.

Salimos al frío. Recorremos la Avenida de José Antonio, y en una esquina tomamos café y cognac. Vuelvo al hotel y me pongo a redactar el primer trabajo pedido por el General. Se trata de un sucinto plan de conferencias sobre tres puntos fundamentales:

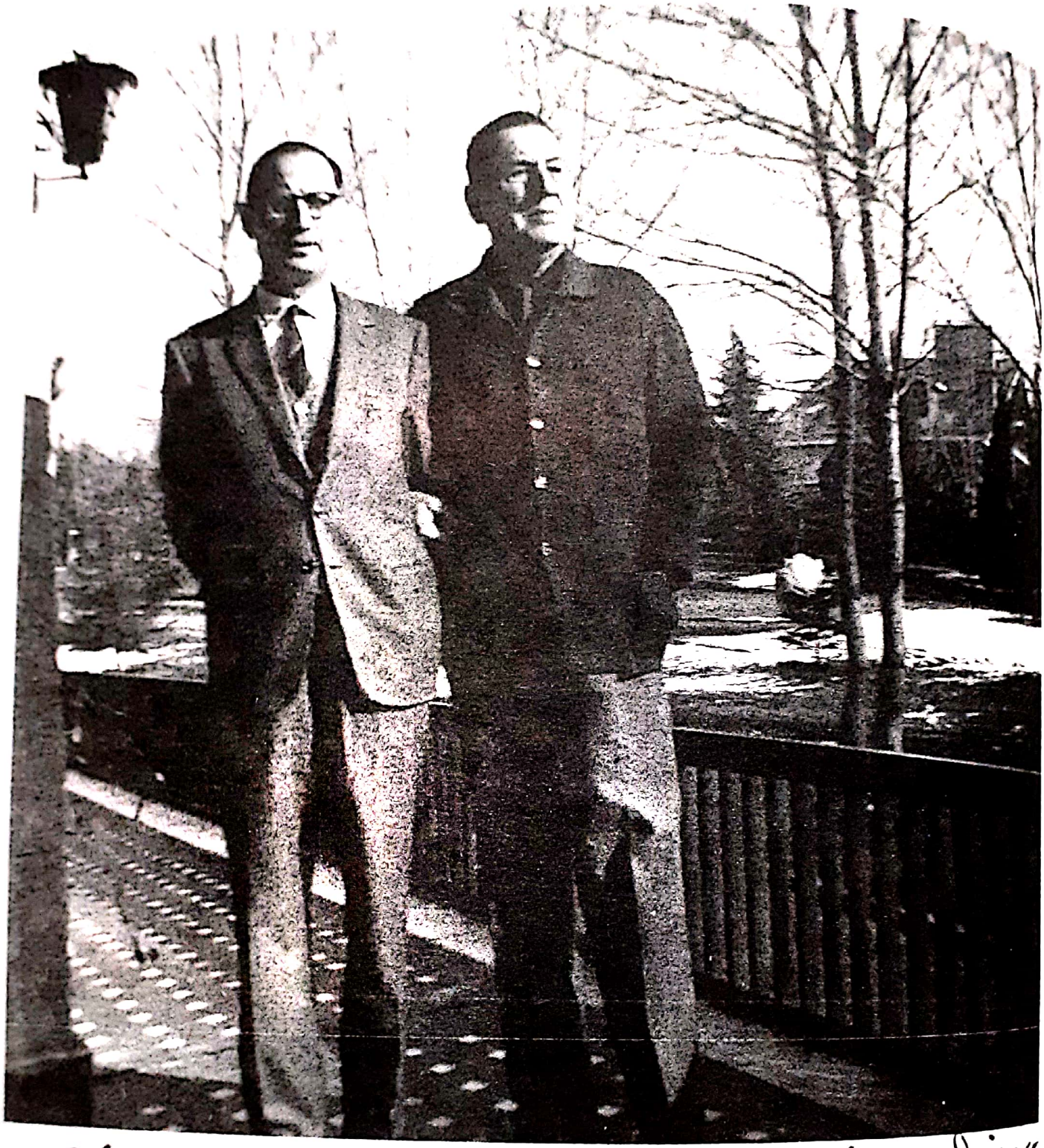
1°) La cuestión geopolítica con el Brasil;

2°) La cuestión política eclesiástica;

3°) La cuestión educativa.

Lo pongo en limpio; son siete fojas, manuscritas, a renglón corrido, que incluyen una somera fundamentación, una exposición del método de trabajo, una discriminación de los temas. Me siento

Escaneado con CamScanner



Al compañero y amigo Doctor Carlos A. Disandro con todo afecto y mi recuerdo en su visita.

Madrid, 20 enero 1967.

Escaneado con CamScanner

vigilado: mientras Martín lee el manuscrito ingresa la camarera sin llamar. Cuando se va discutimos todos los pormenores de la entrevista de mañana, analizando punto por punto las alternativas de mi programación.

10 de enero de 1967.

Por primera vez he dormido aquí profundamente; ahora estoy repuesto, aunque advierto que mis energías son consumidas en una constante tensión mental.

De todos modos la vida del pensamiento es la esencia misma de la vida entera. Vale la pena morir pensando, pues eso es vivir.

Partimos nuevamente hacia Puerta de Hierro. Guardo silencio. Madrid ha amanecido cubierta de nieve. Efectivamente, ha nevado toda la noche. En la ciudad la nieve barrosa, juntada o derretida con chorros de agua, comporta un aspecto desagradable. No así la nieve en los árboles, o en los parques, sobre todo cuando nos encaminamos a la salida de Madrid. Los campos están blancos y un gran silencio, un poco hostil para mi ánimo, envuelve el conjunto indescriptiblemente monocorde y sin embargo bello.

Llegamos a la residencia del General. Nos esperan los servicios de investigaciones de siempre. Luego de anunciados somos recibidos con idéntica cordialidad y llaneza. Después de los comentarios iniciales, le puntualizo al General que he redactado – según las conversaciones de la víspera – un sucinto programa de acción de esclarecimiento. Inicio la lectura con pausa, pues nos detenemos en cada punto para hacer las observaciones pertinentes. Así se genera una conversación sobre distintos aspectos de la vida del país, en particular sobre los "caracteres de la conducción". Nuevamente observo el aspecto de magisterio que hay en este hombre de extraña fuerza persuasiva, pero de contenido mental muy configurado. Reitera algunos conceptos de la víspera. Cuando se toca el punto de la cuestión de Brasil, la conversación se orienta hacia aspectos históricos del país: el General nos da una magistral clase de historia argentina, con mesura y sagacidad. Resulta difícil ceñir el diálogo como a mi me gusta, por lo que prefiero dejar que corra tranquilo el cauce de la conversación. Sin embargo, creo que todo esto es útil, en la medida de un mutuo acercamiento, o de lo que hemos convenido en llamar "trasvasamiento generacional", asunto que al General le preocupa, pues en él hemos entrado aunque fugazmente en varias oportunidades.

Al formular el segundo punto de mi esbozo – la cuestión eclesiástico-política – puedo establecer con una cierta nitidez la filiación espiritual del General: sobre un trasfondo de formación clásica, quizá es partícipe de un cierto racionalismo francés, que tiene un elemento humanístico y que afirma, en cierto sentido, la bondad del hombre, mientras no lo vea cometer un crimen. Y aun así hallará la explicación racional que lo configure. No es hombre de formación clerical, aunque no denota ningún odio ni resentimiento contra la Iglesia. Y aquí debo puntualizar una observación que me parece fundamental, recogida por sucesivos detalles a lo largo de las tres entrevistas: al referirse a su gobierno, a sus enemigos y a algunas circunstancias de su caída, lo hace sin resentimiento y con verdadera objetividad, que me sorprende.

Debo comprender profundamente esta circunstancia, pues tal vez aquí resida el secreto de una articulación entre el pasado y el futuro argentinos. Al referirse a la Iglesia lo hace con cierta displicencia y preocupación, pero sin poner mayor énfasis en el asunto.

En sustancia, creo que el General no está suficientemente interiorizado de las profundas líneas eclesiástico-políticas, aunque se jacta de interpretar la política vaticana. Estima a Juan XXIII, pero no a Paulo VI, por considerarlo continuador de Pío XII. Aunque intento explicar algunos pormenores de la cuestión religiosa, prefiero esperar con algunos temas para no interrumpir el hilo general de la conversación.

En esos momentos la empleada anuncia que está al teléfono el doctor Jerónimo Remorino. El General sale. Aprovecho para observar el magnífico paisaje nevado por el ventanal de mi derecha; el escritorio es amplio, con ciertos elementos de estilo francés, que parece persistir en todo Madrid, incluso en lo más moderno. Vuelve el General y anuncia la posibilidad de reunirnos mañana con el doctor Remorino. Se retoma la conversación sobre la Iglesia y las corrientes postconciliaristas, los jesuitas, etcétera. Lamentablemente no ha recibido la edición del Breve *Dominus ac Redemptor*, de Clemente XIV, lo que dificulta un poco el desarrollo de mi exposición. No oculta su admiración por Carlos III,

Escaneado con CamScanner

sobre el que nos explayamos bastante. Afirma con énfasis que él no es ni ha sido masón, aunque en varias oportunidades anteriores – se entiende que en la Argentina – fue invitado a incorporarse a la Masonería, temperamento que nunca aceptó por considerarlo antipatriótico. No hace cuestión ostensible del carácter secreto o revolucionario de la Masonería. "*Me basta* – dice – *con que sea una internacional*".

Se han hecho las 12,20 horas de la mañana. Hace casi dos horas conversamos sin pausa. Al parecer se siente cómodo, pues en un momento dado intento levantarme – eran aproximadamente las 11,30 horas – pero me detuvo y nos instó[1] a quedarnos un rato más. En esta oportunidad se tocó también el tema del poder nómade y usurario, del que parece sustancialmente informado. Me entrega una copia de un informe sobre las revoluciones militares en Latinoamérica, que procede de Colombia o de Venezuela; me pide que lo estudie pues hay una parte dedicada al Brasil. Asimismo me promete otro informe, de la organización internacional BB, fechado en diciembre de 1966, sobre la situación argentina.

Nos levantamos finalmente para partir. Ha sido una mañana extraordinariamente fructífera. Queda en manos del General el manuscrito, lo que motiva algunas observaciones sobre las trenzas de unos y otros grupos internos. Salimos acompañados por el General hasta el portón de entrada. El General saluda a los obreros que trabajan apartando la nieve; es evidente que lo aprecian y respetan, seguramente por su generosidad y su trato humano.

Volvemos al hotel. Pregunto al chofer por qué esa zona residencial se llama "Puerta de Hierro". Me dice que el nombre surge de la puerta que antes era acceso al límite de la ciudad. Efectivamente, después la observo: parece un arco de triunfo pequeño con grandes portones de hierro. Me da la impresión de ser de fines del siglo pasado, o por lo menos que se trata de una restauración. En España las restauraciones me parecen excesivas y sospechosas. Pienso si no será otro detalle del barroquismo.

Llegamos finalmente al hotel, Son las 13,00 horas del día 10 de enero. Siento que hoy ha sido un día fundamental, y el silencioso espectáculo de la nieve, sin melancolía y sin violencia, ha contribuido sin duda alguna a esta atmósfera de franca inteligencia acerca del país.

Después del almuerzo descanso hasta las 16,00 horas. Llamo a Martín para que entrevistemos nuevamente a la señorita Elena y al señor Giménez. Hace frío, llueve y quizá vuelva a nevar. La entrevista con la señorita Elena es breve. El General ha quedado en llamar para la reunión programada. Le pregunto sobre el regreso de Jorge Antonio, ausente de Madrid. No hay noticias todavía. En cuanto a las conferencias propuestas, no hay indicios de que puedan hacerse, aunque el General se mostró entusiasta partidario de su realización. Pese a ello, no tengo ánimo de comenzar a promoverme. Me llama la atención la rapidez con que habla la secretaria de Jorge Antonio. Nos despedimos, esta vez con cierto recelo; algo raro percibo en el ambiente.

Regreso al hotel. Me pongo en la tarea de continuar estas notas, a estudiar el mapa de Madrid y el libro guía del Museo del Prado. Tengo en mi memoria algunos fulgores de *El Greco*, que es sin duda el más grande pintor que yo he podido apreciar directamente. Hay una profundidad insondable, una armonía en las sombras, sobre todo en los tonos azules, morados y rojos. Sin embargo no están las cosas allí en estado de transfiguración, sino de expectativa. Musicalmente podría coincidir con Bruckner o con Brahms, no lo sé.

De todos modos, en este retiro intento completar mis reflexiones, purificar mis primeros pensamientos – a veces demasiado rápidos en su proceso – y acendrar la sensibilidad. Se trata de un ejercicio profundo, que nace de esta noble y alertadísima comunicación en que me encuentro. Siento más el lenguaje de las cosas que el de los hombres, y a éste lo interpreto, ahora y aquí, a través de aquel. Intuyo que este viaje será, por razones personales, de un gran valor en el itinerario que transcurro, o por donde una mano dura y tierna al mismo tiempo me lleve. Quizá termina aquí la vía purgativa, que ha durado tantos y tan largos años. No en el sentido de que terminen los sinsabores y los sufrimientos, sino en el sentido de un especial estado de maduración.

En La Plata había resuelto consagrarme a ver y oír, en busca de una compenetración viviente con el "todo concreto" que es esto: así lo he hecho hasta ahora, y observo una extraña coincidencia entre el

---

[1] El autor se refiere a sí mismo y a su compañero Martín Sierra Albornoz quien participó de todos los diálogos entre el General Perón y el Dr. Carlos Disandro (N. d. E.).

Escaneado con CamScanner

17 DE OCTUBRE

Antes de aquella fecha, durante nuestras vidas,
Los próceres sepulcros, las gestas fenecidas.

Estaban las estatuas y estaban las espadas
y los épicos signos, la fidedigna prueba,
oh Patria. ¡Simulacros! ¡Simientes congeladas!
La antigua gloria ausente, ninguna gloria nueva.

Succionada tu sangre, de Creso los vampiros
contemplaban, oh mártir, tu otrora heroica vena
seca. Lo celebraban. Los hijos de tu pena
sumidos en letargos de momias y papiros.

No ya la austera España, sino el nórdico Midas
enervaba tu fuerza, sorda para el clarín;
y en vano reclamaban Némesis encendidas
la segunda cruzada de nuestro San Martín.

¡En vano! La adiposa pachorra del cipayo
dormitaba a la sombra de ajeno pabellón,
y de las rojas franjas bajaba hasta su sayo
un bautizo de cebra, de neutro camaleón.

Pudo aquél haber sido, de Gomorra y Sodoma
el abyecto final; no pudo ser el nuestro.
Velaba Dios, y quiso, por encima del coma,
como a Lázaro erguirnos, con puño firme y diestro.

Tuvo un nombre ese puño. ¡Tu nombre, Juan Perón!
Y desbordó, potente, por ámbito sin bretes,
el pueblo, el pueblo, el pueblo, clamor de redención.
¡Brazos hechos columnas, testas hechas arietes!

Recreador de la Patria, limpio de caudillismo,
un nombre también tuvo tu sacra inspiración.
Nuestra décima Musa, la del Justicialismo:
¡tu nombre, Eva Perón!

La mirada del Grande vuelve a reconocernos;
se humedecen sus ojos de bronce al contemplarnos.
¡Tanto tiempo sin vernos!
¡Tanto, sin abrazarnos!

Oh Patria restaurada, tu grito el orbe cubre;
¡Diecisiete de Octubre! ¡Diecisiete de Octubre!

Alfonso Ferrari Amores

COPLAS DE VIDALA

Todos estamos llorando,
ya se nos va el General.
La culpa no ha sido nuestra;
no le hemos pagado mal.

Le exigimos sacrificio
pa' nuestra felicidad;
la Patria lo necesita,
¡no se vaya, General!

Hoy todos los peronistas
dicen en un tono igual:
¡la Patria lo necesita,
no se vaya, General!

Creador del Justicialismo
Y Eva la ayuda social:
¡la Patria lo necesita,
no se vaya, General!

Pa' que nos ha acostumbrado,
si ahora ya nos va a dejar;
¡la Patria lo necesita,
no se vaya, General!

Anónimo santiagueño

Escaneado con CamScanner

VICTORIA

Acero en vertical pulido y recto;
eje de rueda en pueblo circundado
sobre el futuro mundo esperanzado
por todas partes lógico y perfecto.

Perón se yergue, lírico arquitecto
de Patria grande, y de victoria, alado,
sobre el dolor de un siglo desolado
falto de fe, de amor y de intelecto.

La gloria lo acompaña en su demanda.
Y a su voz de vidente, se alza y anda
la gran comunidad de los sedientos.

Sedientos de Justicia y de Humanismo
al saber que el hombre vale por sí mismo
por sobre la crueldad de los violentos.

Mario Rey

A PERÓN

Héroe que llegaste hasta la gloria
tras un vaivén de turbia marejada,
con un solo ideal por trayectoria
y una hueste leal, descamisada.

Tuviste a los humildes por vanguardia
y fuiste siempre el hombre, el elegido,
y cubría, Perón, tu retaguardia,
la legión que formaba el oprimido.

Y hoy, cuando cumplida tu conquista
la era de paz, justicialista,
sonríe la esperanza de mañana,

canta un himno de amor la Patria entera,
la que tú nos forjaste, verdadera,
más justa, pura, noble y soberana.

Rómulo Aranguren Uarte

CANTO PARA UNA MUJER INMARCESIBLE

Eva Perón, tu nombre y apellido
comienzan con el génesis del pueblo,
y aquí estoy yo para cantar tu origen
perenne como Dios y como el cielo.

Yo me voy a tu voz que permanece
redimida en las flores y en las almas.
Esa es tu voz intacta, tu voz nueva,
la que construye amores y esperanzas.

Yo me voy a tu canto y a tu vida.
A tu costado enorme, hacia tu frente...
Hacia la luz que irradian tus pupilas
Inevitablemente.

Eva Perón para decir al mundo
la gratitud de un pueblo soberano.
Eva Perón para llamar al hombre,
hermano de mi hermano.

Cuando la luna lleva por el orbe
tu nombre de cristal y cabalgata.
Cuando otros hombres sin medir tu nombre
se sienten redimidos por tu causa,

un clamoroso río desbordado
penetra corazones y distancias.
Es que tu voz llegó como la vida,
con la mitad de Dios en las espaldas.

Eva Perón, tu nombre y apellido
comienzan donde estás con tus amores,
y aquí estoy yo para cantar tu origen
con un heroico corazón salobre.

Oscar Aguirre

Escaneado con CamScanner

CIUDADANA DE AMÉRICA

Ciudadana de América entera,
voz sagrada de la humanidad,
lleva al mundo sol y primavera
y un mensaje de felicidad.

Es la hermosa sublime que ampara
a las vidas que sume el dolor
y combate con fe, cara a cara,
por un mundo feliz y mejor.

A los niños les dio su ternura
y fundó su encantada ciudad.
La vejez encontró su ventura
en sus manos de amor y bondad.

Las mujeres tuvieron por ella
un derecho que es una misión,
y la vida hizo justa y más bella
al crear su genial Fundación.

Ciudadana de América entera,
voz sagrada de la humanidad,
lleva al mundo sol y primavera
y un mensaje de felicidad.

Luis Ortiz Behety

SOMOS SU PUEBLO

Porque es un hombre bueno, lo queremos;
porque es un hombre fuerte, lo seguimos;
porque nos defendió, lo defendemos
y porque es todo un hombre, lo decimos.

Porque va hacia la luz, amanecemos
siempre a su alrededor, como racimos:
en nosotros creyó, y le devolvemos
esta fe y este amor que recibimos.

Porque nos enseñó a marchar de frente,
porque nos dio una Patria diferente
– escudo real y antorcha estremecida –,

somos su pueblo fiel, descamisado.
¿Cómo decir que estamos a su lado?,
de una sola manera: ¡con la vida!

Julia Prilutzky Farny

A EVA PERÓN

Tiempo mortal de la tremenda hora:
éste es el tiempo del dolor y el llanto;
llanto libre de lágrimas de espanto,
llanto lustral de gracia redentora.

En la esfera sublime vibra el canto.
Es música de luz su eterna aurora.
En su esencial pureza se decora
y esplende en el Empíreo sacrosanto.

Este es el tiempo inmemorial y altivo,
exento de penuria y de querella;
noble en su largo hacer sensible y vivo;

tiempo de lirio con fulgor de estrella;
feliz cautiva en el definitivo
cielo supremo de la gloria de Ella.

Lisardo Zia

26 DE JULIO

Hoy que entre paños funerarios llega
la noche al sol, la soledad al día,
y de rodillas la melancolía
toda mi Patria en lágrimas anega;

mientras, rota su alma, el pueblo ruega
por quien fue la mitad de su alegría
y en túmulos de flores aún porfía
en negarle a la muerte dura y ciega;

¡canta, corazón mío, sobre el llanto
y haz del quebranto sangre de mi pluma
tú que entre tantos la quisiste tanto;

cercena tu dolor, calla tu queja,
que ya la luna tramontó y hoy suma
su resplandor al sol con que nos deja!

José María Castiñeira de Dios

Escaneado con CamScanner

ELEGÍA

Porque tenías el nombre más antiguo
que tuvo la mujer sobre la tierra;
porque las diosas del Olimpo todas
se conjuntaron para hacerte bella;
porque tu alma la hicieron con los lirios,
ya que de ellos tenía la pureza;
porque las tres virtudes teologales
hicieron tu corazón de hermana buena;
porque tu sangre se hizo con las lágrimas
de todos los humildes de la tierra;
porque Euterpe le puso a tu garganta
la nota musical del arpa eterna;
tal vez por eso... porque eras de otro espacio
de otra dimensión... de otro planeta,
te colocó Jesús como a las Santas
una aureola de luz en la cabeza.
Y te arrancó del lado de los pobres
a los que hiciste el bien a manos llenas.
Es que faltaba en el azul del cielo
desde el día que hicieron a la Tierra
una estrella de bien para este mundo,
¡y te eligieron, Eva!

Alberto Vacarezza (h.)

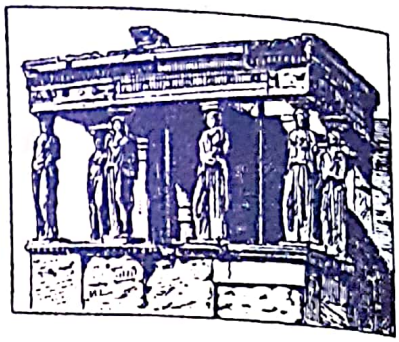
SONETO A EVA PERÓN

Fuerza del signo de un amor de fuego,
sobre la Cruz del Sur vive infinita;
celeste llama espiritual que agita
viento de Patria y emoción de ruego.

Bella y perfecta como un mito griego,
eje del mundo y de su pueblo, excita
al perpetuo milagro que la imita:
darse en amor y consumirse luego.

Y pasarán los siglos vanamente.
Ella perdura y vive totalmente
fuera del tiempo y del espacio, eterna.

Reintegrada a la esencia de las cosas,
rosa viviente y pura entre las rosas
por el ritmo de Dios que las gobierna.



LLAMA DE ETERNIDAD

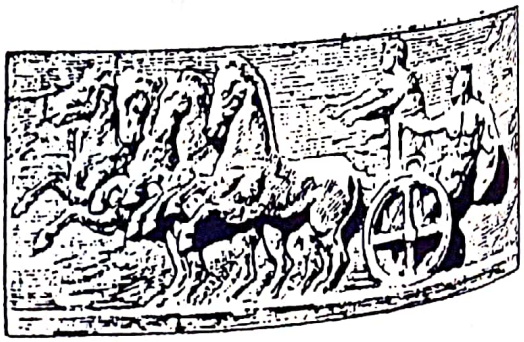
¡Diecisiete de Octubre! Llama de eternidad
para siempre ilumina los criollos corazones
y en un fervor alado de gritos redomones
se hizo la Patria nueva para la libertad.

Día del pueblo heroico, día de la lealtad;
impulso avasallante como el de los ciclones
que sacó de su fiebre crispación de leones
por Evita y Perón, ¡luz de argentinidad!

Al grito de ¡Perón! el pueblo se levanta
y juega su destino en la jornada santa,
que hoy, como ayer y siempre en custodia leal,

dará todo su anhelo, su sangre, su latido,
defendiendo el baluarte de este suelo querido,
¡de esta Nueva Argentina soberana y triunfal!

Juan Fuscaldo



Anónimo

Escaneado con CamScanner

orden intuido y el orden vivido. Debo esperar sin embargo los resultados finales de este viaje misterioso, cuyas consecuencias se me ocultan absolutamente.

11 de enero de 1967.

Acabo de desayunar; son casi las 10,00 horas. Afuera perdura la nieve; el tiempo lluvioso y el frío persistente complican un poco las actividades programadas. Espero a Martín que no ha bajado. Al releer mis notas del día 10 advierto que, sin proponérmelo, ya estoy pensando con sentencias senequistas o teresianas. Estoy esperando la llamada del General para saber si hoy iremos o no a la residencia. Como son las 10,30 horas decido salir nuevamente para el Museo del Prado: he preparado la visita a Goya, en las diversas salas que le han dedicado en la planta baja; incluyen dibujos, cartones y cuadros. Agregaré además los franceses y los primitivos españoles.

Antes de salir para el Museo, recibo un llamado personal del General. Me indica que hemos de reunirnos a las 18,00 horas, en calle Quintana 16, donde seguramente – pienso – continuará el diálogo.

Esta vez tomamos un ómnibus que nos deja en Plaza Cibeles. Caminamos hacia el museo, sorteando los montones de nieve barrosa y los charcos. No hace frío y el sol indeciso pone una atmósfera nueva. En realidad caminamos un poco por detrás del museo, hasta que un transeúnte nos indica que nos conviene torcer a la derecha por una calle transversal. Bajamos unas escaleras que nos conducen a la explanada del palacio. Ingresamos primeramente en la sala de los primitivos españoles. Me impresiona Juan de Juanes, que recuerda algo de Mantegna. De otros pintores españoles sobresale Morales. Pasamos a las salas de Goya: primero a los dibujos: son unos ciento cincuenta, o más, sobre papel ordinario, de un tamaño de hoja de un cuaderno común, aunque algunos algo mayores. Llevan a veces una breve leyenda, de mano del pintor, por lo general enigmática. En tales esbozos surge un mundo distorsionado y grotesco, que esconde una indescriptible ruptura de lo humano. Los límites entre lo animal y lo humano parecen borrados.

La sala de los cartones para tapices traduce un mundo de almanaque, una grandiosidad de pastelería, como se observa en todo Madrid. En la sala de las pinturas negras, el submundo preternatural irrumpe con una ferocidad desconocida: escenas de aquelarre, rostros descompuestos de satanismo y extravío, derrumbe espantoso de la humanidad luminosa. No hay dudas que este es un mundo tartárico, que ha llegado hasta los pinceles de Goya, quien sabe por qué vericuetos y en que misteriosas circunstancias espirituales.

Subimos una vez más a la planta alta. Recorremos la sala central y echo otra ojeada a *El Greco*: me confirma mis impresiones iniciales, aunque esta vez advierto una tonalidad musical: los colores se oyen como en oboes entrañables y profundos, de cuya melancolía es preciso desentrañar la melodía. Pasamos a los franceses; hay algunos importantes como Poussin y Lorena. Llaman la atención los elementos del paisaje, que en los españoles es casi nulo. Ese paisaje habla de un mundo lejano, casi transfigurado, del cual no parece haber noción en esta Madrid populosa y en este Palacio del Prado.

Concluye otra visita al Museo, que comienza a serme familiar: casi puedo hablar con los cuadros. Salgo entre gentes y guías, que charlan y explican en voz alta; nuevamente intuyo la profundidad del mundo griego, que no necesitaba de todas esas superestructuras. Pienso que la pintura debe ser observada en silencio, sólo con algunas observaciones en voz baja.

Almuerzo tranquilo, en vista de que el panorama tiende a aclararse. Descanso hasta las 15,00 horas y me pongo a estudiar el mapa de Madrid. Encuentro la calle Quintana, hacia el oeste, en la zona por donde solemos salir hacia Puerta de Hierro. A las 16,30 resolvemos encaminarnos hacia esa dirección, para conocer – de paso – otro sector de la ciudad. Recorremos el Paseo del Pintor Rosales, bordeado por modernas construcciones de departamentos, que hacen recordar un poco a la Avenida del Libertador en Buenos Aires.

Hacia el oeste se extiende una amplia hondonada, que forma un parque todavía cubierto por la nieve. Entramos en un boliche a tomar café y cognac; se llama "Bella Vista": desde su interior, a través de las vidrieras, se descubre un paisaje brumoso, con abundante nieve en las depresiones de la hondonada, el parque y los árboles. Este paisaje debe ser hermoso en primavera y en verano. Nos sirven un café frío, y el cognac Terry es demasiado dulzón. Se me ocurre que, como en todas partes, aquí también nos

Escaneado con CamScanner

engañarán al vernos forasteros y pensarán que no entendemos de cognac. Retornamos al mismo paseo para dirigirnos a la calle Quintana; damos una vuelta hacia las avenidas que se dirigen hacia el norte para llegar finalmente a nuestro destino.

Se trata de una amplia casa de departamentos, pero el portero, enterado de que somos argentinos y que venimos a una reunión, nos indica que debemos pasar a una oficina que está al lado. Nos acompaña amablemente; es un local moderno, con algo de exótico y de mal gusto, un ambiente de tonalidades oscuras que me desagrada. Nos atienden sucesivamente dos españoles; luego aparece Rodolfo Valenzuela, hombrecito sepultado en su insignificancia y en su resentimiento. Con él ya he tenido el sábado de mi llegada un diálogo estúpido, en el lujosísimo marco de un hotel norteamericano, que tiene algo de egipcio o de babilónico. Mi ánimo en ese momento tenía una cierta violencia, tal vez motivada por el cansancio del viaje. Ahora en cambio estoy repuesto y con un cierto dominio de la situación. Valenzuela me saluda con frialdad, yo en cambio a él con mesura y cordialidad. Me anuncia que el General habrá de recibirnos en Puerta de Hierro; que él mismo habrá de llevarnos a la residencia, donde posiblemente nos encontraremos con el doctor Jerónimo Remorino. Nos encaminamos al auto de Valenzuela, apostado en una calle lateral, y veo que llama a otro personaje, que resulta ser Díaz Bialet, de Córdoba. ¡Dios mío! ¡Hasta aquí llega el brazo de la confrontación! Hay signos misteriosos en este itinerario.

Se hacen las presentaciones, subimos al auto, que parece de modelo o fabricación italiana. Adelante van Rodolfo Valenzuela – que conduce – con Díaz Bialet; atrás Martín y yo. Díaz Bialet comienza a hablar, con esa charlatanería cordobesa, que me recuerda incluso en el tono a R.P. Una seudo cultura de almanaque o de guía turística impide toda comunicación profunda. Tomamos por otro camino, más angosto y apartado, rodeado de grandes árboles altos, que seguramente harán una verdadera delicia en primavera. Conversan los pasajeros de adelante; nosotros guardamos silencio. Díaz Bialet evidentemente es un aventurero, que se ha colado aquí no se porqué. Finalmente llegamos a la residencia de Perón. Después del natural control, pasamos y somos recibidos por el General. Son las 18,20 horas. Puedo observar la casa a otra hora distinta. El General nos presenta al doctor Remorino, y Valenzuela, al parecer con una cierta inquietud, se retira.

Pasamos al salón que nos acogió en la primera entrevista, el pasado domingo. El General se sienta en el sillón acostumbrado, a mi izquierda; frente a mí, Remorino y Díaz Bialet, y a mi derecha Martín. El General hace una presentación elogiosa de mi trabajo en la Argentina y destaca "la necesidad de hombres de talento". Martín y yo guardamos silencio; observo particularmente a Remorino, ya que del otro conozco la familia, el ambiente, los hermanos: es un cordobés *soi-disant aristocratique*. Jerónimo Remorino es también cordobés, pero de otra extracción; es un hombre delgado, relativamente bajo, de rostro alargado, cejas pobladas, oscuras pupilas, algo calvo y canoso. Viste traje oscuro y zapatos de fieltro, que lucen en el salón iluminado. En una palabra: todo muy fino, probablemente inglés, pero llevado con gran inelegancia y un dejo indescriptible de rusticidad. Probablemente contrasta mi rusticidad desafectada y realmente pobre, con la pobreza inseparable, aun en este fino y sobrio salón madrileño. Me mira con curiosidad no disimulada; me escruta con tranquilidad y paciencia, como un buen hombre de negocios, o como un diplomático, un poco desvergonzado y cínico. Resultamos los tres, Remorino, Díaz Bialet y yo, egresados del Monserrat *cordubensis*, lo que implica una multitud de recuerdos comunes.

Al elogio del General hacia mi tarea, sigue un movimiento de incomodidad en los sillones, y comienzan a hablar del pasado, particularmente del pasado peronista, de sus grandezas más que de sus problemas. Son hombres poderosos pero finiquitados. Debo pues ser cauto, tranquilo y realmente objetivo y desinteresado, para no suscitar mayores recelos, capaces de destruir vínculos humanos fructíferos. No me cuesta mi total renunciamiento político y falta de ambición, en cualquier escala de la dimensión concreta, lo que sin duda purifica la atmósfera.

"Ellos" siguen hablando del pasado, como si en esa instancia estuviera resuelto el problema argentino. El General escucha con atención, pero con una cierta tranquila displicencia; en un momento se levanta y trae los papeles que le entregué en el encuentro de la víspera; se los pasa a Remorino, quien sin darle ni una ojeada los echa al bolsillo. Me dirige unas palabras que considero convencionales. Martín, entre tanto, ha tomado la palabra y explica algunos aspectos sindicales, sobre todo en lo que atañe a las probables salidas violentas, en un mundo que cada vez cierra más todo entendimiento justo. Pero "ellos" no entienden ni quieren oír. Prefieren cortar la conversación con asuntos anecdóticos y sin trascendencia.

Escaneado con CamScanner

Al compañero y amigo doctor D. Carlos A. Dianderas con todo afecto y en recuerdo de comunes inquietudes y afanes patrióticos.

Juan Peiró

Madrid, 20 enero 1967.

Escaneado con CamScanner

En un momento dado, en medio de tanta pequeñez y adulación, ante un requerimiento del General a propósito de la presente situación argentina, entro un poco bruscamente en el diálogo, ya con el designio de poner algunas cosas en claro. Brevemente hago el resumen de la situación del gobierno, de los fracasos de la conducción política argentina, de las traiciones, y señalo enfáticamente: "*El General ha perdido toda iniciativa política en la Argentina por obra de una errada conducción táctica. Es en vano estar recordando el pasado, pues eso puede estar ya definitivamente muerto. Se trata de recuperar la iniciativa política mediante una labor doctrinal de la que no hay casi nada en Argentina*".

Mis palabras y mi tono producen, sin duda, verdadero pavor. Hablo con serenidad, firmeza y gran convicción. El General se ha incorporado levemente en su sillón, y me escucha con una leve y maliciosa sonrisa, mientras en los sillones, frente a mí, hay una rigidez de hielo.

Son las 19,30 horas: el General debe salir y acompañar a su señora al médico. Nos levantamos para partir. Baja la señora, al parecer más repuesta. Salimos al frío; nos despedimos del General, a quien pregunto si hemos de seguir nuestras conversaciones. Me contesta rápida y cordialmente: "*desde luego*". Los demás escuchan, un poco sorprendidos de mi insistencia en proseguir un diálogo que, naturalmente, "ellos" no alcanzan a ubicar entre las cosas conocidas, o entre las trenzas comunes.

El General, su señora y el doctor Remorino se ubican en un coche; Díaz Bialet, Martín y yo en otro, que parece ser de la custodia. Nos acompaña adelante un miembro de la Policía de Investigaciones madrileña, con quien conversamos amablemente. Prefiero oír y observar. Empieza otra vez la charla de Díaz Bialet, que dejo correr como agua inútil. Llegamos al centro de la ciudad y nos despedimos. Son las 20,20 horas. Vamos al hotel y nos encerramos en mi habitación para discutir el desarrollo de la jornada y a preparar la del día siguiente. Al llegar al hotel, me informan que ha llamado Jorge Antonio por teléfono. Lo llamo a mi vez: una voz clara y suave entabla conmigo un breve diálogo. Quedamos en encontrarnos al día siguiente, a las 11,30 horas, en sus oficinas cercanas a nuestro alojamiento.

12 de enero de 1967.

He dormido bien, aunque me preocupa un poco el inevitable rondar de figuras como las de anoche. A las 9,30 horas estoy listo para hacer la visita al Museo de Arte Moderno, que funciona en la planta alta de la Biblioteca Nacional, que se encuentra bastante cerca de nuestro alojamiento. Martín sin embargo demora. Por fin vamos caminando hacia el edificio de la Biblioteca Nacional, por el Paseo de la Castellana. Hace un frío un poco húmedo.

Subimos las escaleras de acceso a la Biblioteca, y penetro en la sala de los ficheros, y luego en la sala de lectura. Hay un ambiente noble y agradable. Pero, en verdad – pienso – no he venido a ver libros, sino hombres y cosas. Subo hasta la planta alta del Museo.

Grandes salas, grandes cuadros, por lo general de un ostensible mal gusto, como el que en general se advierte en Madrid. Doy con la sala del pintor Rosales, cuyo nombre lleva la avenida que recorrimos ayer. Creo advertir aquí una mano noble que vibra cuando pinta, y un cierto aspecto entrañable en lo que representa. Su colorido es un poco rojizo y sin matices, como una realidad que se impone entera y densa. Rosales debe corresponder a la España finisecular, algo que está y que perdura de una realidad más imponente. Después son valiosos Sorolla y Zuloaga.

A medida que progresamos en el recorrido, desde la mitad del siglo XIX hacia el período de entre-guerras, se advierte una ruptura en la maestría y en la destreza: falta una comunicación de la mano, en que consiste esencialmente la pintura. Además del mal gusto y la chabacanería, predomina una torpeza manifiesta en todos los detalles, que se hace más sensible si recuerdo algunas imágenes del Museo del Prado.

A las 11,30 horas debo asistir a la primera entrevista con Jorge Antonio. Nos dirigimos a sus oficinas, suntuosamente puestas. Pasamos a una sala de espera. Allí observo también el ambiente de grandiosidad, aunque paliado por una sobriedad que no es española: ya se nota algo de argentino, en la llaneza y en cierto buen gusto.

A las 12,10 horas nos avisan que Jorge Antonio demorará; me piden que resuelva si he de esperarlo, o si prefiero concertar la entrevista para otra hora. Decido que es mejor lo segundo, y solicito que me haga avisar al hotel en que momento le resulta cómodo encontrarnos. Luego de almorzar me retiro a mi

Escaneado con CamScanner

habitación. A las 14,00 horas me llama la Srta. Elena para precisar la hora de la entrevista: será a las 16,00 horas. Aprovecho el lapso para beber un poco de té caliente y escribir entretanto alguna de estas notas. Hay un gran silencio en este hotel, con ingleses, españoles de provincia y algunos norteamericanos. Los ingleses se distinguen por su atildamiento, su ceremoniosa actitud en las comidas, que contrasta un poco con nuestra soltura y nuestras alegres risas, y sobre todo con nuestra evidente propensión al buen vino. Los norteamericanos, sobre todo la gente joven, se destacan por su brutalidad, incluso en el vestir. Son soberbios en el ascensor, en la escalera, en el comedor y en la calle. Me explico que despierten el recelo e incluso el odio de los españoles. Los españoles de provincia son hombres de negocios o profesionales que hablan en voz baja, llegan a una cierta hora, más bien tarde a comer, dan miradas graves en torno y se sientan con mucha solemnidad. He observado que beben mucha cerveza, una cerveza un poco floja que se expende en Madrid. Al menos ésta es la que he probado. El comedor adquiere pues una fisonomía realmente interesante. Si agregamos a todo esto la actitud del maître, de los mozos, sus observaciones, silencios y cuchicheos, quizá podríamos componer un cuadro bastante completo de un aspecto de la ciudad, donde hay muchos turistas, muchos policías y mucho hastío, que penetra como una niebla insensible, pero poderosa.

A las 16,00 horas estamos con Martín en las oficinas de Jorge Antonio. Nos atiende enseguida, en su amplio despacho, pero con un escritorio que no tiene nada de moderno. Se me ocurre que deber ser algún recuerdo: es un mueble pequeño, antiguo, sobrio, ubicado en un rincón del amplio salón, con cómodos sillones. La figura de Jorge Antonio se destaca en el conjunto con una personalidad indiscutible: es un hombre de vivacidad y pausa al mismo tiempo, de ojos profundos e inquietos, pero cordiales y francos. La conversación se extiende por una hora: hablamos de los problemas y significación de mi viaje. Lo interrogo sobre Europa, Rusia y China. Ha viajado extensamente y conoce con una cierta precisión ambientes y hombres. Promete ocuparse de mis conferencias, cuyos títulos le anoto para mayor seguridad. *Me muestra las cartas que me ha escrito y que yo no he recibido.* Le explico algunas dificultades de las inevitables trenzas, y le puntualizo, como lo hice con el General, que no pertenezco a ninguna, ni me interesa otra cosa que avanzar en el esclarecimiento de la situación nacional. Se coloca enseguida en una actitud más comprensiva; apartamos los problemas de los hombres y de los chismes, o del pasado, y nos abocamos a la situación concreta del presente, las dificultades que enfrenta el Movimiento Nacional, los obstáculos que debe enfrentar la conducción del General, la necesidad de un cambio de hombres y de modos, etcétera. Quedamos ligados por una franca amistad, que no tiene – se ve – ningún impedimento.

De allí salimos a caminar por el viejo Madrid, sórdido y sin colorido, aunque extraño y pintoresco. En este pueblo la naturaleza pesa menos que en el argentino. Es claro: hablo de la dimensión urbana, ya que no puedo medir tantos otros aspectos importantes de España.

Vuelvo al hotel un poco fatigado y con un cierto desánimo sobre las posibilidades de esto, que parece tan grande y es tan hueco. La cena transcurre como siempre, aunque yo estoy un poco melancólico; cambiamos de vino, pese al empeño del maître de hacernos beber uno que ya conocimos; nos ponemos a conversar con el mozo sobre los vinos de España. Luego, en el salón de estar, ante un abundante té de tilo, prosigo estas notas. Son las 23,00 horas cuando me retiro a descansar.

13 de enero de 1967.

Bajo a las 9,15 horas a tomar el desayuno, y procuro conseguir cambio de dinero argentino, pues estoy con muy pocas pesetas, y Martín no ha podido cobrar el giro. Interrogo al conserje, y finalmente el encargado de la caja me promete hacer cambiar "*cuando lleguen los botones*". Todavía no consigo entender la interioridad de esta gente: hay algo pétreo y rígido, y al mismo tiempo móvil y violento. Quien mejor representaría esta contradicción podría ser Goya. No hay aquí ni unicidad ni unidad de vida, sino convergencia de fragmentos.

Mientras arreglo las cuestiones del cambio de moneda, me llaman al teléfono: la Srta. Elena anuncia que a las 10,30 horas pasarán a buscarnos para visitar Toledo. Será pues la primera salida fuera del predio madrileño. Confieso que la necesito, pues me inquieta un poco esta pasividad hostil, con esa mezcla de violencia, que he observado en la ciudad. Tal vez Madrid sea el ejemplo moderno de una ciudad helenística, en el sentido que tiene la expresión en la historia de la cultura antigua. La secretaria

Escaneado con CamScanner

Juan Perón

Madrid, 12 de enero de 1967
Señor D. Enrique Pavón Pereyra.
BUENOS AIRES

Mi querido amigo:

Por mano y amabilidad de los compañeros Dr. Disandro, Cruz y Sierra Albornoz he recibido su carta del 5 de enero pasado y le agradezco el recuerdo como el saludo que retribuyo con mi mayor afecto. He conversado largamente con los mencionados compañeros y quedo en claro sobre cuánto se disponen hacer en la tarea de predicadores, que tanta importancia tiene en las actuales circunstancias. Ya conocía mucho del Profesor Disandro y, personalmente, me ha sido dado confirmar el excelente concepto que de él tenía. Creo que su empeño, apoyado en su gran capacidad y cultura, será de una utilidad insustituible dentro de nuestro Movimiento que necesita precisamente de capacitados difusores de la verdad, actualmente tan enmarañada entre el fárrago de sofismas dominantes.

Hemos conversado largamente y él le podrá referir de viva voz lo que hemos acordado, para llevar a cabo lo cual, trataremos de darle el mayor apoyo en las organizaciones peronistas. Creo que el esclarecimiento de muchas verdades, ocultas por la simulación que ha sido la regla desde 1955, será de extraordinario provecho para la opinión argentina preocupada por las pequeñas cosas que le ocultan las grandes, como suele suceder con el arbol que a menudo no nos deja ver el bosque.

Creo formalmente en la necesidad imprescindible de la prédica en manos de hombres serios, capaces y responsables como el Doctor Disandro, para que nuestra gente comience a abarcar el panorama en forma integral y esté en condiciones de apreciarlo fehacientemente como corresponde. Por éso, su acción debe contar con todo nuestro apoyo incondicional y entusiasta, que es lo que pretendo que se haga allí por todos los organismos del Movimiento.

Sé asimismo que Usted sigue en su tarea y encomio su empeño porque necesitamos que miles de predicadores acompañen la acción de nuestros dirigentes que no siempre están a la altura de su misión y necesitan ayuda en este sentido como asimismo consejos oportunos. No dejen de insistir aun cuando el quehacer parezca que no cuenta con el apoyo de algunos sectores empeñados en la lucha pequeña y subalterna que tanto atrae a los mediocres. Saludos a todos los compañeros.

Un gran abrazo.

J. Perón

Escaneado con CamScanner

anuncia, asimismo, que mañana a las 20,00 horas nos espera Jorge Antonio "*para tomar unas copas*". Acepto de buen grado. Hay muchos rasgos argentinos en Jorge Antonio, pero también se nota el influjo de un andar incansable por el mundo. Creo que, en el fondo, sería un buen Canciller, según la medida violenta, cautelosa, prudente y arriesgada que exige la situación argentina.

A las 10,30 horas partimos para Toledo, por una ruta que cruza el río Manzanares, en cuyos puentes hacen reparaciones. Más allá un barrio de monobloques, o cosa parecida, indica un antiguo barrio obrero destruido en la guerra. Por allí pasaban las trincheras del combate. Torcemos a la izquierda y comienza una ruta que podría ser semejante a la salida de Córdoba para Alta Gracia. Se suceden los campos y los pueblos entre ligeras lomadas. Illescas, Juncos son los nombres que ahora recuerdo. La distancia entre Toledo y Madrid es de unos sesenta kilómetros, pero hay poco tráfico y el auto que nos lleva va a una buena velocidad.

Llegamos a Olias del Rey; ya estamos cerca de Toledo. Una tierra de tintes rojizos, lomas o montes con verde de olivos y pinares. Penetramos por fin en Toledo: construido sobre una elevación que domina el río Tajo, las casas se disponen en sucesivos planos. Vamos hacia el Alcázar, que domina una de las hondonadas, a cuyo frente está la nueva Academia Militar. Ingresamos en el Alcázar por lo que fue su ángulo destruido, y nos encaminamos a adquirir las entradas; porque aquí, en España, todo se comercializa: los monumentos, la sangre de los héroes, la supuesta belleza o la Antigüedad. Todo se convierte en pesetas, todo se hace materia (o material) de turismo. Subimos y bajamos escaleras, amplias, silenciosas, la mayoría restauradas, hasta el lugar en que resistió el puñado de nacionales. El guía charla "por los cuatro costados", con pasmosa regularidad de reloj: a mí en cambio me interesan el ámbito y las piedras, que aquí, en estas bóvedas, tienen algo de misterioso y entrañable. Siento que descanso de las fatigas de Madrid y de los problemas complejos que se me presentan. Hay algo tierno y tranquilo en esta soledad.

Así transcurrimos hasta el despacho del coronel Moscardó y el Museo que guarda restos de aquellos hechos tremendos. Salimos; hay un sol brillante y la temperatura es agradable. Nos dirigimos a la Catedral y a la casa de *El Greco*. El aspecto de la ciudad, con sus callejas estrechas, su gente de mirada vivaz y humanísima, hace descansar de la apatía de Madrid. Lamentablemente sólo podemos pasar aquí unas horas, pero creo que es un lugar incomparable para el recogimiento humano, para el redescubrimiento luminoso de la interioridad, para el trabajo reposado y sin pausa.

La Catedral tiene un corte noble, pero acumulada de infinitas cosas que llegan quizá hasta el siglo XIX. Me niego a pagar por ver el "tesoro": no me interesa el tesoro, sino las bóvedas, el espacio, la luz y la sombra. Mi actitud provoca la ira indescriptible del oferente, que dice unas palabras confusas. Hay cuadros de estilo indefinible, pero el aire de *El Greco* es sensible. La penumbra es grata, aunque penosamente interrumpida por aderezos posteriores. Desde adentro impresiona la roseta. Es imposible estudiar con detenimiento los motivos de los vitrales, y me queda la duda si son auténticos: creo que se escalonan en siglos muy modernos. De esta Catedral conservo la imagen del espacio, la noble armadura del frente cuyas piedras toco y miro, mientras unos grajos oscuros revolotean sobre mi cabeza. Me detengo sobre la entrada y miro con pausa, pues quizá no volveré nunca por aquí. Siento una alegría contenida, oculta, imperceptible, como si una inalcanzable comunicación se abriera por momentos[2]. Vamos a la casa de *El Greco* y al Museo, pero nos hacen sacar la entrada en la que fue sinagoga del siglo XIII. Muchos turistas se agrupan a observar un salón que están restaurando. Siento un verdadero rechazo en esta confusión y coerción: porque no permiten ver la casa de *El Greco* sin esta previa ojeada a la sinagoga. La casa es simplemente magnífica, maravillosa, lo más bello que he visto en España. Un patio central ordena las habitaciones en la planta baja, y las galerías y habitaciones en la planta alta. La cocina es soberana, y aun cuando la imaginemos sucia y desordenada produciría esa misma sensación de encanto. El dormitorio tiene algo de solemne.

En el Museo hay cuadros importantes: la serie de los Apóstoles, por ejemplo. Otros cuadros de la casa son copias o imitaciones. Turistas argentinos y americanos colman la casa, pasan y charlan más que los insoportables guías, se tienden en las escaleras, comen desaforadamente y miran con terrorífica estupidez.

Salimos a recorrer la ciudad. Vamos por la carretera bordeando el río Tajo, hasta el punto más alto en la ribera de enfrente, desde donde se domina el conglomerado de la ciudad. Bellos planos superpues-

[2] Estas páginas fueron escritas en la Biblioteca de Madrid (N. del A.).

Escaneado con CamScanner

tos, como ventanas que miran con centenares de ojos, dan al conjunto un aspecto orgánico y viviente. Abajo, por la hondonada, el Tajo relativamente caudaloso, y detrás y al costado otros montes. *El Greco*, Garcilazo, San Juan de la Cruz, algo inasible han bebido de este aire diáfano, de este sol que, aunque invernal, tiene un resplandor fundente y nítido, que invita a quedarse, a meditar, a conversar, a callar.

Son las 13,45 horas; tenemos que almorzar, y luego dar un último vistazo a la ciudad y a la Iglesia de Santo Tomé. Vamos a un restaurante construido al borde de una pendiente, bastante pronunciada, que mira al Tajo. Nos sentamos junto a la ventana. De allí domino el río, una suave llanura a mi derecha, los montes y el río al frente. Por debajo, en dirección al llano, pasan manadas de ovejas con sus pastores. Por otra pendiente baja un burro cargado con manufacturas típicas, al que he visto detenido en una de las calles de Toledo.

A las 15,00 horas nos levantamos y nos dirigimos a la Iglesia de Santo Tomé. Otra vez la misma cantinela: hay que comprar entradas. La iglesia es bella, pequeña y como recogida; pareciera tener algo de pregótico o preárabe, aunque se nota una mano que ha restaurado y tocado, sobre todo en los aditamentos. Luego el inevitable amontonamiento de adornos, que le quitan la sencillez en la disposición del espacio. El templo da idea de una capilla campesina y rústica, no exenta de tranquila majestad, como la de los montes circunvecinos. El gran tesoro es el cuadro de *El Greco*, *El entierro del conde de Orgaz*. Bellísimo. Una buena luz permite apreciarlo y sacar otras conclusiones que en el Museo del Prado. Está a un constado del templo, contra el muro que correspondería al frente de una segunda nave; la luz penetra por una claraboya alta, hay además una poderosa luz artificial, y unos cortinados a la derecha, de color terroso-cobrizo, que acentúan los tonos de *El Greco*. Estoy en presencia de una verdadera "capilla" de observación, con sus sillas especiales. No me gusta esta seudo veneración, *ad usum* de los turistas o de los estudiosos; pero, en fin, me siento a observar, a descansar y a meditar. Martín pregunta, pero no siento deseos de contestar, ni de enseñar ni de describir. Le hago una seña para que calle y mire. Hay poca gente; algunas ancianas en el centro, dos o tres chicos; una mujer canosa, con aspecto de francesa, se sienta un poco más atrás y cambia de ubicación al poco rato. Ya son las 16,00 horas y hay que regresar. Pienso que aquí en Toledo se podría vivir un año para terminar muchos trabajos. Hay una luminosidad tierna, sin brumas; los colores parecen cálidos y vivos, y la mirada de las gentes tiene una extraña semejanza con el misterio de la ciudad, apretada en torno a sus callejas.

Retornamos a Madrid. Es un viaje silencioso que sirve de pausa y permite acendrar los sentimientos y clarificar las intuiciones. Llegamos a Madrid a eso de las 17,30 horas. Como en todos los días pasados, la neblinosa melancolía de esta compacta masa madrileña me hace sentir nostalgia del sol. Me refugio en mi habitación una hora. A las 18,30 horas salgo en dirección a la Biblioteca. Intento allí sacar una tarjeta de lector; comienzan los trámites burocráticos. Tengo que hablar con el secretario, pero como no he traído el pasaporte, se me indica que vuelva mañana. Resuelvo caminar por el Paseo del Prado para observar el lugar en otro momento del día. Lo bordeo y concluyo por entrar en la iglesia que está detrás del Museo. Resultar ser la Iglesia de San Jerónimo Real. Ingreso y me siento agradablemente sorprendido por el órgano. He llegado, casualmente, a una bendición con el Santísimo, cosa que se ve muy poco ya en Argentina. A los cinco minutos de haberme arrodillado, el sacerdote dispone todo para la ceremonia. El órgano – primera música oída en España – hace de *Geborgenheit* en esta soledad madrileña. Pienso en San Jerónimo y en mi plegaria al final de mi trabajo sobre *Helenismo y Cristianismo*. Tal vez ha oído, tal vez me consuela de futuros combates. Aquí tengo indudablemente un signo de los tantos que aparecen y me rodean.

Salgo del templo. Son casi las 20,00 horas y estoy un poco fatigado. Retorno al hotel y me encuentro con un llamado del señor Francisco Giménez: me comunico con él. Viene enseguida al hotel y me anuncia que el domingo, a las 10,30 horas, veremos otra vez al General Perón. A las 21,30 horas de esa misma noche – 13 de enero – nos reunimos con Jorge Antonio y otros amigos.

Efectivamente, cenamos en un elegante restaurante. Se traza el programa de conferencias, que aun me parece un poco vago; y en cuanto a mí, indeciso y sin mayor fervor. No quiero, además, abusar de esto. Jorge Antonio se retira temprano, pues tiene otro compromiso en una embajada centroamericana. Quedamos solo, Martín y yo. Seguimos de sobremesa, saboreando uno de los mejores vinos. Comentamos animadamente la situación y dialogamos con los mozos, en particular con el más joven, que resulta ser toledano. Nos habla de Argentina y de sus deseos de trabajar y radicarse en ella. Me sorprende la

Escaneado con CamScanner

admiración y el cariño que siente por nuestra tierra, quizá por parientes o amigos que residen en ella. Son cerca de la 1.00 hora de la madrugada, y estoy realmente cansado. Volvemos al hotel.

14 de enero de 1967.

Hace una semana estoy en Madrid. Pero ha sido suficiente para aclimatarse. A la mañana emprendo viaje nuevamente a la Biblioteca, con pocas esperanzas de arreglarme con la burocracia. A las 10,00 horas no ha llegado todavía el Secretario. Sentado en un sillón, con mala luz, procuro completar estas notas. La espera transcurre en una sala vasta, con unos cuantos sillones, y un escritorio en que trabaja el conserje o mayordomo. Retratos de ex directores bordean el salón; alguna gente que pasa interrumpe la vastedad del ámbito. Un sacerdote, de paso cansino, cruza el salón; parece alguna autoridad de la casa. Entablo conversación con el conserje. Trata de resolverme el problema, puesto que yo ya he conversado con el Secretario, y éste demora: probablemente no venga esta mañana, pienso yo. Me conduce pues a las oficinas de tarjetas: estoy como en cualquier lugar oficinesco de la Argentina. Pero aquí reaparece la dificultad: no tengo fotografías. Interiormente me niego a sacarme cualquier clase de foto. Entonces me darán un volante diario, mediante la presentación del pasaporte. Ya se me han ido las ganas de ver algún libro. Postergo pues la cuestión para el lunes próximo.

Salgo para dirigirme a la Librería Franco-Española, vía José Antonio 54, donde he visto el libro *Derrota mundial*, que puedo llevar para mi hijo Bubi; allí encuentro también un libro de teología ortodoxa, en francés, que sorprende. Aquí los libros son caros, y no parece haber mucho movimiento; al menos no he encontrado todavía una librería de significación. Creo que estos de la Librería Franco-Española son trapaceros y no lo disimulan; carecen además de toda clase, y sólo saben hablar y mirar con esa soberbia española. Este tema de la soberbia habría que considerarlo mejor, pero ahora no estoy para redactar ensayos. Vuelvo al hotel. Allí una llamada de la Srta. Elena posterga la obtención de los pasajes para el lunes. Ese día, el lunes, almorzaremos con Jorge Antonio y algunos amigos españoles de éste; y mañana domingo reanudaremos el diálogo con Juan Domingo Perón.

Almorzamos un poco tarde, y resolvemos salir para visitar el Escorial, pero fuera de las excursiones: éstas me producen un verdadero malestar. Inquiero sobre los medios de transporte; pero nadie sabe con precisión. Desde la Plaza de España salen ómnibus; hacia allí nos dirigimos. Perdemos el tiempo averiguando qué clase de transporte puede llevarnos al Escorial. Finalmente tomo una decisión, aunque advierto que Martín no me acompaña en esto: alquilar un auto o tomar un taxi. Junto a la plaza advierto uno estacionado, con un chofer joven y de rostro fresco:

- *¿Cuánto me sale ir al Escorial, ida y vuelta, con la espera lógica?*
- *Lo que marque*, contesta.
- *Pero ¿cuánto puede ser?*
- *Más o menos, cuatrocientas pesetas.*
- *¿Cuántos kilómetros dista?* pregunto;
- *Unos cincuenta kilómetros*, me contesta.

Haciéndole señas a Martín subo al auto y le doy orden de conducirnos allá. Inicia la marcha el taxi, primero con lentitud, por el tráfico madrileño, y luego más rápido una vez que ha tomado la carretera, cuya ubicación me resulta difícil de precisar. Creo que se encamina por el sudeste. Pasamos las primeras zonas suburbanas, y la ruta entra en suaves ondulaciones, cuyas laderas conservan todavía abundante nieve. Es un paisaje tranquilo, con ese color tierno, complementado por un blanco de terciopelo, que a veces es continuo y a veces está entrecortado por zonas oscuras y terrosas. Se divisan nevadas las Sierras de Gredos, en cuya dirección parece que nos internamos.

Medito sobre Felipe II y España, según un hilo que retoma algunas reflexiones sobre lo hispánico y que, en algún momento, tengo que escribir. En el auto hay un profundo silencio. Martín me parece duerme, el chofer atiende el tráfico, relativamente escaso, y yo permanezco siempre en mis cavilaciones. No he conservado en mi memoria los nombres de los pueblos que hemos cruzado, cosa rara. Conservo sí la visión de la magnífica ruta y la visión de las rocas. Hago una reflexión: son sierras viejas, como las sierras de Córdoba, sede, en este caso de España, de un espíritu extinguido. Las formaciones geológicas,

Escaneado con CamScanner

como en Capilla del Monte, son ostensibles y sugieren extrañas relaciones como las que advierto entre los templos; pero es lógico: templos y piedras forman armónicas espirituales muy profundas, y yo diría esotéricas.

De pronto, en una curva en que se advierten construcciones más modernas, el chofer nos avisa que estamos llegando al Escorial. Estamos entre montes seminevados. Se observa la imponencia gris de la construcción de Felipe II. Entramos por una calle que la bordea; hay nieve abundante.

Atravesamos el patio exterior: un inevitable guía nos cierra el paso; esta vez intuyo que lo necesitamos. Son casi las 17,00 horas y debemos retirarnos a las 18,00 horas. Ingresamos hacia el sepulcro de los reyes, cruzando corredores y escaleras; entretanto el guía discurre con su erudición imperturbable. A mí me interesan los muros y el espacio: aquí el espacio no es arquitectónico viviente, sino técnico-arquitectónico. Descendemos a la cripta unos diez metros o más bajo en nivel del suelo, inmediatamente en la línea del altar mayor del templo. Allí están Carlos V, Felipe II, Carlos III.

Es un tranquilo espacio circular, un hondo cilindro, dividido en sectores y nichos con sus correspondientes sarcófagos. Hay mármoles de color oscuro, y una lámpara dorada pende del techo con una sensación de perennidad e infinito sosiego. No hay nada siniestro ni sobrecogedor aquí, más bien todo es solemne y derelicto, en un extraño ensimismamiento de mármoles, hombres, espacio. No se puede hablar casi. Ascendemos nuevamente para recorrer las diversas criptas, con los túmulos de mármol blanco. Me quedo extasiado ante la tumba de Juan de Austria, donde he experimentado uno de los sentimientos más íntimos y extraños, mezcla de serenidad y admiración.

Luego visitamos la Iglesia, fea y desproporcionada. Hay un monje agustino, disponiendo una alfombra descomunal frente al altar mayor. El conjunto es un poco antipático. Recorremos las galerías del palacio, con decoraciones hasta fines del siglo XVIII. Abundantes tapices de diversa factura cuelgan de los muros. Permanecemos unos minutos en la Sala del Trono, escueta, limpia, verdaderamente entrañable. Después de la cripta de los reyes es lo mejor del Escorial. Debemos salir otra vez a la nieve, y a la vista de los montes hoscos, aunque un poco ridículos: un extraño aire común los une con el magno edificio, como si formaran una sola contextura, separada por el aire cargado de tono gris y por el blanquecino fulgor de la nieve.

Tomamos nuevamente el auto para dirigirnos hacia el Valle de los Caídos. La ruta es de un solemne silencio nevado; coníferas de diverso tamaño se observan en laderas y quebradas. De vez en cuando la vista se pierde por alguna abra entre los montes, y divisa una llanura terrosa y blanquecina. Vamos en silencio. Llegamos al pórtico de entrada, donde debemos oblar las correspondientes pesetas, que esta vez me parecen excesivas. Noto incomodidad en el chofer, que ha preguntado varias veces si el camino de acceso es transitable. Emprendemos la marcha internándonos en la montaña, pero a los diez minutos la ruta se pone evidentemente peligrosa: el auto patina y se desliza hacia los costados. Finalmente llegamos hasta un puente, donde se encuentran detenidos autos y un ómnibus de turismo. La ruta está intransitable y es menester regresar. El chofer masculla algunos insultos, bastante académicos y correctos. Estamos de nuevo en el puesto de guardia, ante el cual el chofer protesta. Pero los guardias, *insensibles*, se ríen.

Le pido al chofer que continúe la marcha, sin preocuparse por el inconveniente. Antes de transponer el pórtico de acceso, el chofer saca su mano por la ventanilla y grita: *¡Por unas malditas pesetas, por unas malditas pesetas!* Rápidamente toma la ruta y, más tranquilo al parecer, se pone a fumar. El paisaje se transforma con el cambio paulatino de luz; las coníferas parecen tornar más silencioso el camino, donde apenas si hay tráfico durante una media hora, hasta tomar probablemente una ruta mayor, donde se advierte mayor movimiento. Martín dormita. Por mi parte medito las alternativas de la jornada. Regresamos a Madrid, ya de noche. He visto anochecer fuera de la ciudad, ante esta tierra absolutamente humanizada de España, y ante estos hombres absolutamente desvinculados de la tierra, en la España de hoy. De todo me queda una impresión indecible y confusa, como la de un sueño que ha cumplido alternativas contradictorias. Cenamos, como siempre con un buen vino, que restaura un poco las fuerzas y la imaginación. Me retiro a descansar, en vista de la tarea que aun espera.

15 de enero de 1967.

Hoy es domingo y debemos reanudar las conversaciones con el General. A las 10,30 horas partimos con el señor Giménez en un pequeño auto; tomamos la ruta acostumbrada. A las 10,45 horas estamos en

Escaneado con CamScanner

Puerta de Hierro. Pasamos enseguida al escritorio, y se retoman algunos temas. Llevo la conversación hacia el lado del judeocristianismo. El General parece discretamente informado, aunque también, a decir verdad, se muestra un poco escéptico de mi interpretación. De todas maneras la conversación se mantiene ágil. Propongo ampliar la tarea esclarecedora a medios militares.

Me pregunta cómo pude llegar al Centro de Altos Estudios del Ejército. Brevemente le explico y señalo la remota posibilidad de una conferencia, y en esa eventualidad, si me autoriza a exponer los lineamientos fundamentales de estas conversaciones, por supuesto subrayando el hecho de nuestro encuentro personal. Se ríe con una risa espontánea y un poco nerviosa, que se fija en esa sonrisa amplia, uno de sus gestos más característicos. Evidentemente le ha causado gracia la presunción. Se habla entonces del Ejército, de sus virtudes y de sus taras; sin duda lo conoce en profundidad.

Son las 12,30 horas, después de un animado análisis de la situación argentina, que concluye con la lectura de un informe sobre el panorama militar. Propongo visitarlo el martes por la mañana.

Regresamos al hotel. Después del almuerzo y del descanso, Martín quiere ver fútbol. Yo prefiero caminar por el Madrid viejo, y tratar de oír misa vespertina.

Me dirijo hacia la Iglesia de San Francisco, que está en uno de los bordes de la ciudad: no hay allí misa. El edifico es feo, con rejas insultantes, y en torno hay algo de sórdido, como si fuera una estación donde se arremolina alguna hez de la tierra. Estos contrastes madrileños me resultan sorprendentes: los atribuyo en parte a mi sensibilidad, desacostumbrada a los viajes largos. Finalmente oigo misa en la Catedral, adonde ya había estado de paso. Me llama la atención la cantidad de gente anciana o ya madura; pocos jóvenes. El templo se colma, pero en un silencio resignado e inerte. El sermón es de los de antaño, prolijo y un poco largo, pero sincero y claro.

Retorno un poco cansado y melancólico al hotel, donde espero a Martín, mientras redacto estas líneas frente a una taza de té caliente.

16 de enero de 1967.

Salimos temprano al Banco de Bilbao, donde Martín debe cobrar el giro. Es como todos los bancos, aunque produce la impresión de una modernización última y agitada. Concluida la operación le propongo visitar el Convento de las Descalzas Reales cuyos detalles he podido leer en el diario ABC, dicho sea de paso, de una increíble platitud. Sigue siendo convento, pero desde las 10,30 horas hasta las 13,00 horas queda abierto para el público, en lo que no es clausura de las Clarisas. Desde luego se deben pagar las correspondientes pesetas. Hacia allí nos dirigimos pues, relativamente cerca de la Puerta del Sol. Se trata de un antiguo palacio de los siglos XV y XVI, que fue habitado temporariamente por Carlos V, y destinado luego por una de sus hijas a convento de Clarisas Descalzas, pero de alcurnia real.

La repartición del espacio interno revela un dominio y maestría que no he encontrado en El Escorial. La amplia escalera de piedra, la dimensión de los ambientes y corredores revela una mano humana, poderosa y firme, libre y constreñida al mismo tiempo: este espacio brota de un espacio interior e interiorizado, y se traslada a la repartición de la materia arquitectónica. Sobre eso, claro está, se han acumulado muchas cosas. En la primera planta hay un claustro que rodea un patio interno, ahora cubierto de nieve en alguno de sus cuadros, pero que se adivina colmado de flores en primavera y verano. Cada arcada del claustro corresponde a una capilla interna, a veces de dudoso gusto, y donde se nota la marcha de los siglos, los estilos, las devociones, en fin, la marcha inexorable del barroquismo hispánico. Desfilan además tapices, cuadros y altares en profusión insólita. Hay sin embargo en esta acumulación algo que se impone desde la partición y armonía del espacio. Confrontados el palacio del Prado y este Palacio de las Descalzas, se advierte la diferencia entre una España que piensa y otra que hace gestos vacíos. La capilla, posiblemente más moderna, no me gusta: todo huele a siglo XVIII. Nos acompañan en el recorrido el riguroso guía, de riguroso uniforme porteril con guantes blancos, además de un chileno, una argentina y una mejicana. Al chileno y a la argentina no se les saca ni una palabra; la mejicana hace observaciones atinadas, presupongo que es becada y da la impresión de estudiar arte.

De los cuadros observados me llama la atención el *San Francisco* de Zurbarán, con una tonalidad parecida al *San Antonio* de *El Greco*, aunque más oscuro y de una dimensión mucho mayor; la *Moneda* de Tiziano y un cuadro bastante deteriorado del Bosco o de Brueghel, *La Iglesia militante*, de una tonalidad general más oscura que los vistos en el Museo del Prado. Martín está cansado de casullas.

Escaneado con CamScanner

tapices, cuadros, muros viejos; quiere toma café en un lugar moderno. Vamos pues a la Galería Preciados (que toma el nombre de una vieja calle de Madrid) en donde hay de todo en sus nueve o diez plantas. En el último piso tomamos café y cognac; hay muchos estudiantes, que tienen aspecto de pertenecer a alguna facultad o escuela técnica, ingeniería tal vez. Desde la confitería se percibe un amplio sector de Madrid, con sus viejos techos o sus empinados edificios modernos. El contraste no puede ser más extremo entre el viejo Palacio de Carlos V y este nuevo palacio de compraventeros, que pueden ofrecer desde un par de medias hasta un avión Pipper. Hay un gentío inmenso que se desliza por las escaleras mecánicas: sube, baja, recorre, mira. Todos con caras de campesinos atolondrados y momentáneamente con dinero. Recuerdo algunas reflexiones del General a propósito de España: está sufriendo una transformación semejante a la ocurrida en Argentina en la década de 1946-1955, que trajo aparejado el actual problema entre urbe y campo.

Volvemos al hotel. A las 13,45 horas debemos encontrarnos con Jorge Antonio, quien habrá de presentarnos a algunos españoles. Vamos a un restaurante elegante, creo que por la zona de los nuevos ministerios y cerca de la Plaza de San Juan de la Cruz. Nos presenta a Alfonso de Lamadrid, hasta hace poco director de una importante revista de informaciones. Comenzamos a conversar a las 14,00 horas, con el aperitivo, seguimos a lo largo de todo el almuerzo sin parar durante la sobremesa hasta pasadas las 17,00 horas. En el momento del café se incorporan otros españoles, uno de ellos sucesor de Alfonso de Lamadrid en la antedicha dirección. Es una conversación desordenada, sin carácter metafísico, que revela una honda ruptura del intelectual español. Religiosamente el post Concilio los ha quebrado, y aunque combaten a Teilhard de Chardin, se apoyan en él, lo citan, lo copian y lo veneran. Pues, en realidad, veneran esa nebulosa indescriptible de ciencia, teología, historia, esa charla inconsistente sin control y sin objetivo. De todas maneras no deja de ser una charla de sobremesa o de mesa amistosa; no habría que darle mayor importancia a la situación si no fuese por la conciente quebradura que se precian de exhibir: quebradura respecto de la Fe, del régimen, de la cultura, del espíritu, etcétera. Son nuevos burgueses.

Creo que manejamos coordenadas diferentes, pero no puedo moverme en las de ellos, por la gran contradicción de los temas y sus saltos imprevistos. Intento orientarla por los grandes problemas, pero en vano. Jorge Antonio observa un poco divertido, apoya algunos de mis conceptos, pero prefiere, con cordial silencio, cedernos la palabra. En general los tres argentinos – Jorge Antonio, Martín y yo – denotamos frente a los españoles, y particularmente frente a estos intelectuales, una llaneza, una comprensión y una rapidez singulares. Diría que hay otro ritmo: no se trata pues de saber más o de ser más profundo, sino más diáfano, hasta abarcar de una sola mirada categorías, en apariencia, distantes o contradictorias. Salgo fatigado y con una cierta irritación. Ya me lo había advertido el General, y compruebo que sus juicios sobre los españoles son sustancialmente correctos. Quedo con un gran dolor de cabeza. Procuro descansar una hora, y enseguida salgo a caminar. Más tarde, pese al frío y al tiempo neblinoso y lloviznoso, decidimos con Martín recorrer el centro de Madrid. Mañana debemos nuevamente visitar Puerta de Hierro.

17 de enero de 1967.

Es una mañana muy fría. Partimos a las 10,15 horas hacia la residencia "17 de Octubre". A las 10,30 horas comenzamos la conversación, un poco difusa esta vez. Pero he resuelto que sea así, todo espontáneo. El problema fundamental que se toca es el de las relaciones hispano-argentinas. Estas relaciones no podrán profundizarse sino desde nuestras perspectivas. El dominio yanqui es aquí poderoso y quizá ponga en peligro muchas cosas. El General explica algunos detalles de las bases norteamericanas en España, el problema de la bomba de Palomares, el problema del comercio hispano-norteamericano.

A las 11,30 horas anuncian que han llegado otros visitantes. El General insiste en que nos quedemos hasta las 12,30 horas, momento en que ha dispuesto que pasen a recogernos. Salimos al sol y al frío, a tomar unas fotografías, en una galería lateral de la residencia. El General nos habla un poco del lugar y de las circunstancias de su exilio en España. Habla siempre con esa tranquila objetividad de la experiencia y ahora de la ancianidad. Nos da detalles de un pozo de agua – ordenado abrir allí por Carlos III – pues se trata de una zona de escasa provisión de agua, antaño y aun ahora. Hablamos de las reuniones de los argentinos que suelen hacerse en algunas ocasiones de la primavera o del verano.

Escaneado con CamScanner

Llegan los anunciados: son dos dirigentes sindicales, acompañados por Rodolfo Valenzuela. Este pone cara de asombro: nosotros estamos caminando en el jardín, con el General, con aire de verdadera amistad y cordialidad. Se hacen las presentaciones. Martín conoce a los dirigentes, lo cual puede resultar un testimonio importante. Hacemos otros minutos de caminata, hasta la tumba de uno de los perros, que lleva inscripto el texto: "*A mi mejor amigo: 1955-1965*". Se hacen algunas reflexiones un poco cautelosas, sobre las fechas y sobre el país.

Entramos al escritorio. Rodolfo Valenzuela se retira con ese gesto desagradable de nibelungo. Se conversa enseguida sobre la situación de Argentina, pues estos dirigentes han llegado ayer a Madrid. Faltan unos treinta minutos para partir. Se habla de la situación militar: el General quiere que se lea el informe que escuchamos el domingo. Le tomo los papeles y lo leo; de esa manera puedo estudiarlo y meditarlo nuevamente. Es sucinto y franco, aunque me parece optimista en cuanto a la salida. El gobierno de Onganía se deteriora sin remedio. Las noticias que traen los dirigentes son alarmantes, aunque observo en ellos cierta reticencia con respecto a mi persona; en cierto modo es lógico, pues por lo que pude deducir del comienzo y curso de la conversación, los dirigentes gremiales son portadores de un documento o informe del nucleamiento sindical peronista. Siempre se llega a la misma conclusión: o caos o guerra civil. Antes de la llegada de los dirigentes gremiales, el General me ha entregado un informe de la BB sobre la situación argentina: es una traducción española de unas treinta páginas, que he de estudiar después.

Salimos al fin, y retornamos a Madrid. Después del almuerzo y del descanso voy a ver a la Srta. Elena, quien me entrega los pasajes ya gestionados. Arreglo otras cosas pendientes; le pido haga telegramas a Buenos Aires y a La Plata. Jorge Antonio ha encargado me pasen el original inglés del informe de la organización BB. Salimos con Martín al centro y compramos algunas cosas. Vuelvo al hotel; son las 19,00 horas. Ha llamado el señor Francisco Giménez, quien después me comunica la intención de viajar mañana a Ávila. Desde luego acepto, pues esta salida servirá de pausa, descanso y meditación. Estudio el informe y cotejo el texto inglés y la traducción. Es curioso observar con que adulación se refieren a Monseñor Podestá, y a otros aspectos del judeocristianismo. Redacto una apreciación de unas tres páginas, pues me interesa subrayar los asuntos y temas de mayor significación. Son las 21,00 horas.

18 de enero de 1967.

Me he levantado hoy a las 8,30 horas, después de un buen descanso, para esperar el auto que va a llevarnos a Ávila y Segovia. Confieso que me ha vuelto un poco la melancolía del Madrid invernal y que esta salida resultará beneficiosa. El día parece poco grato: hay niebla y a ratos llovizna tenue y fría. A las 10,00 horas emprendemos la marcha; el conductor no parece muy dispuesto al viaje, pero yo no quiero pasar este día en Madrid. Por eso le indico que tome la ruta prevista y que si el tiempo se hace dificultoso, retornaremos. Salimos pues por la misma ruta que recorrimos para ir al Escorial, hundida en la niebla y con la nieve endurecida en los costados. A los quince kilómetros comienza a verse el sol y a disiparse la cerrazón. Enfilamos hacia Ávila. Es una tierra ocre, dura, sembrada de rocas erosionadas, con cursos de agua de escaso volumen. Pero hay algo de tierno e idílico, subrayado de vez en cuando por una manada y su pastor. Aquí no hay diferencias entre la psiquis y la tierra, lo cual debe haber sido fuente de la grandeza castellana. Aquí el espíritu es manifestación de tal identidad, al nivel del hombre: el hombre es precisamente eso, resultado superior que se funda en aquella articulación.

Pasamos la ruta de Madrigal de las Altas Torres. A lo lejos, después de más de una hora de viaje, se divisa Ávila, su Catedral. Cruzamos finalmente una de las puertas de la muralla, intacta, que se aprecia a medida que el auto la enfrenta para cruzarla. Produce una impresión plástica de silencio y de expansión, de decisión y de recogimiento. A mi parecer está restaurada; de todas maneras la conservación es notable: construida sobre el suelo visible de roca, es como una prolongación del monte en su sinuosa y diestra dirección. Recorremos la ciudad de callejas estrechas, hacia el convento y casa de Santa Teresa. El lugar me desagrada, con unos carmelitas sórdidos, rodeados de reliquias, que no despiertan mi interés. La iglesia es fea, colmada de cosas de los siglos XVIII y XIX. Nada hay aquí que revele el espíritu de Santa Teresa. Vamos hacia la Catedral, que tiene una repartición del espacio semejante a la de Toledo, pero con algo más entrañable, pese a los agregados; con algo más convincente y espontáneo. Parece más terminada, aunque los vitrales no están completos.

Escaneado con CamScanner

Hay algo que me impresiona profundamente: a la entrada, a la izquierda, sobre nichos enclavados en el muro y a la altura del rostro del espectador, hay dos tumbas, indudablemente del siglo XIII o XIV. Una de ellas tiene una estatua yacente – mutilada vaya a saber por qué o cuándo – con una espada entre sus manos. El rostro está levemente inclinado hacia la derecha y hacia abajo, en la dirección del espectador. Por el atuendo pienso que puede ser un clérigo guerrero; la inscripción superior está borrada. Por ventura no hay aquí guía que charle. Hay algo infinitamente tierno y noble en esta figura, algo que indica una victoria sobre la muerte, en una palabra, algo helénico. La coincidencia de esta figura y el espacio es notable: todo lo demás, observable a simple vista, parece descentrado y desarmónico. En la estatua yacente se configura un tranquilo reposo, que ha dominado la rigidez de la piedra y le ha otorgado algo como un latido: la piedra vive del reposo tranquilo y entrañable de esta muerte silenciosa y purísima. La quietud de la piedra está dominada por aquel otro silencio transfísico, que inevitablemente se comunica a mi espíritu, y produce una profunda experiencia catártica, que siento por primera vez en España. Salimos nuevamente al aire: contemplo la fachada un poco ruda y sin gracia. Más notable debió haber sido Toledo, en este aspecto. Es un aire limpio y frío; en la plazoleta hay algunos chicos sucios, lo que produce sin pensarlo un momento de melancolía.

Volvemos a las murallas donde Martín toma algunas vistas. Desde este punto relativamente elevado se contempla la vastedad de la meseta y los montes. El sol está alto, aunque el brillo no se asemeja al de Toledo; aquí los tonos son más apagados, más grisáceos, como el fulgor total de la muralla, que entra en viviente simbiosis con la tierra y el cielo. Aquí se puede tener la experiencia de una ciudad en su carácter de ligazón entre el cielo y la tierra.

Para aprovechar el viaje debemos ir a Segovia, y no podemos por tanto demorarnos demasiado. Esta España difícilmente podría ser asumida por la literatura: por eso Cervantes, que tuvo sentido de las ruinas, no advirtió esta "realidad": buscó las ruinas romanas. Esta España puede ser asumida sólo por la pintura, y creo que la muerte de Velásquez significa simbólicamente la extinción estética española. Ha quedado el gesto, la retórica, la grandiosidad un poco grotesca. Pero aquella conexión del espíritu se ha extinguido.

Bordeamos la ciudad para mirar las murallas, cuyas piedras notables y generosas he podido tocar con cariño. Nos detenemos nuevamente al borde del camino para hacer una toma: allí se percibe, en esa brillante luz del mediodía invernal, el silencioso gris de Ávila, que contrasta con los restos endurecidos de una nieve tenaz. Entre ellos la tierra castellana muestra su color humano y ancestral, y también su irreprimible cansancio. Sin embargo, hay como un acento de sobria y segura solidez.

Marchamos hacia Segovia; son las 12,30 horas. Debemos andar unos sesenta kilómetros, lo que implica una hora de viaje, entre llanos y colinas del mismo color. Aprovecho para contemplar y meditar.

Es difícil el abordaje de una ciudad, *sobre todo si el espíritu que la condiciona como un todo, ha muerto*. Por lo mismo no me puedo hacer muchas ilusiones sobre mi intuición de esta ciudad. Probablemente este principio hay que aplicarlo a toda España, solemne museo habitado por dos clases de hombres:

a) los que reinician el vínculo entre psiquis y tierra, los campesinos;

b) los que son el resultado de un falso y atroz intelectualismo de opereta, que se inicia indudablemente en el siglo XVII.

Los que venimos de afuera, y más los que venimos de la insondable inmadurez americana, podríamos representar aquí un tercer tipo de inhabitación espiritual, que retorna a las raíces de aquella entidad concreta. Pero aquí se interpone el turismo, su índole monetaria tan cruel, que sólo no herirá la sensibilidad de los yanquis. Un nuevo desastre se suma pues a aquella desconexión. La juventud española por eso mismo parece carecer de las dimensiones más fuertes, aunque está en un activismo también de opereta: la dimensión religiosa y la dimensión política.

Sigue la ruta blanca y noble, con esa entrañable sinfonía de ocres, rojizos y amarillos, a los que se interpone el blanco de la nieve, siempre severo en su decisión, siempre dilecto en su recatado y misterioso reino. Hay aquí un mensaje muy noble y muy valioso de la tierra, al cual podría llamar "convergencia y continuidad", el grande y hondísimo misterio del espíritu humano.

Ya nos acercamos a Segovia; se distingue la masa de la catedral y sus torres de una sorprendente elevación. Penetramos en la ciudad y aparcamos junto al acueducto romano, cuya fuerza es notable. Retorno a una vieja tesis que me trabaja la imaginación desde hace años: el "espíritu de los constructo-

Escaneado con CamScanner

res" ha sufrido en algún momento, y por una causa misteriosa, una ruptura fatal. Aquí, en el acueducto desfila una potencia desconocida para mí, que sólo he advertido levemente quizá en el Palacio de las Descalzas. Esta potencia está totalmente ausente del Escorial, pese a las dimensiones gigantesca del conjunto. Aquí es algo aéreo y fuerte, algo masculino y femenino, o algo anterior a esa misteriosa manifestación de lo humano. Estas rocas están dominadas desde el momento en que fueron extraídas de las canteras y escuadradas para su minucioso e incomparable montaje. Pero el escuadramiento era ya un principio vivo y constructivo que iniciaba la totalidad arquitectónica; y ese montaje resultaba como el despliegue de una inspiración, que sometía la mole imponente de piedra sobre piedra al designio de una idea, una forma, una imagen única y total. Advierto una tranquila comunicación con estas piedras y estos arcos, quizá porque me es familiar todo lo romano. No se trata de que lo comprenda o no lo comprenda, de que lo sienta o no lo sienta. De hecho no experimento aquí ninguna emoción. Es algo más hondo: es la familiaridad entrañable en que habitan todas las emociones, la hondura espiritual que hace palpitante todos los vínculos y, en consecuencia, crea la organicidad del hombre. Así lo interpreto en este momento, aunque a veces puedo estar inclinado a sutilizar demasiado.

Los arcos son aquí un claro movimiento del espacio, en que el romano parece residir como en un ámbito ancestral y arcaico, tal como el latín frente al griego, tal como la mano romana respecto de la mano griega, tal como el ojo romano frente al ojo griego. Pero en estos arcos el espacio se ha trocado en una música infinitamente conmovedora y tierna, una música que tiene, como el espacio que circunscribe, un cierto designio maternal. Miro estos arcos, camino a lo largo del acueducto y vuelvo a observar los poderosos basamentos y la delicada posición de estas piedras unas sobre otras, como si estuvieran liberadas de su cuantificación irremediable, como si la natura obedeciera a ese principio que comparé a la inspiración.

Y así, de tránsito en tránsito, o de transfiguración en transfiguración, ascendemos al reino de un nuevo espacio más dulce, más noble, más cobijante y gozamos, de antemano, de una incoativa quietud sin rupturas, una quietud que es, para mí, en estos momentos y en España, de una virtud hondamente catártica. Aquí he tenido pues una experiencia muy honda, muy personal, muy decisiva, que ha de pesar en adelante como un noble libro, un noble verso o una noble mano en la custodia infrangible de la amistad. Pues lo que se siente ante estas piedras venerables es, en definitiva, el fervor inconmutable de la amistad.

La gente pasa y repasa por esos arcos, que cruzan una antigua hondonada; sube por los costados, transita con sus autos, pero el acueducto es una gigantesca columna de un organismo viviente, invisible para todos. La hondonada ha sido cubierta por la ciudad, en siglos y siglos, y el acueducto, como si fuera el germen del mundo del cual ha de salir el definitivo espacio de los hombres. Los que pasan, bordean o cruzan; los que se agitan con sus autos o carruajes, los que afanosos parecen que tropiezan con esta aérea mole se me figuran pequeñísimos, ineluctablemente caducos, definitivamente relegados en el reino de la sombra. Estas piedras, en cambio, erguidas, serenas y sorprendentes en su gesto positivo están colmadas de luz, de vida y de inteligencia; siguen ordenando el mundo desde el nervio de su idea promotora, siguen haciendo de la tierra morada de los dioses.

Mientras acomodan el coche y Martín hace gestiones a causa de su máquina fotográfica, observo más atentamente las piedras: tienen un color distinto y un trabajo distinto, completado indudablemente por la erosión que las ha pulido. Dan la impresión de conservar la potencia de una mano más gigantesca que todas ellas, y más tierna que todo el aéreo equilibrio de la inmensa mole del acueducto. Esta alianza extraña y sorprendente se despliega en la vasta superposición de los bloques, en el gesto con que cada uno descansa sobre otro, en la manera de obedecer al trazado de los arcos.

Cruzamos unas callejas en dirección a una fonda típica; allí almorzamos. Es un ambiente agradabilísimo, en un sótano o subsuelo. Pedimos abundante vino y comemos truchas y cochinillo al horno. Son aproximadamente las 15,00 horas. Nos levantamos para ver la catedral, y otro poco la ciudad. La casualidad quiso que, además, concluyéramos nuestra visita a Segovia ante la tumba de San Juan de la Cruz, después de haber visitado el Alcázar.

La catedral es amplia, heterogénea, con influencias góticas y árabes. Su exterior es complicado, con anticipaciones barrocas, o con agregados que lo preparan. El Alcázar tiene detalles curiosos. Subimos al torreón del frente desde donde se domina toda la ciudad. Para ello recorrimos cincuenta y dos escalones, por una estrecha subida de caracol. El patio interior del Alcázar, el patio de armas, es severo y noble. Estamos solos pues el guía nos ha dejado ya. Hay aquí algo lejano de leyenda: en este espacio encuadra-

Escaneado con CamScanner

do por los altos muros parece perdurar el eco de las luchas de antaño, la tumultuosa historia de siglos extraños y violentos. Un cierto fasto se adivina en la composición arquitectónica del conjunto, tan distinta en esto al Alcázar de Toledo. Aquí hay otro espíritu, otra dimensión, otra relación con la tierra.

Descendemos desde la elevación del Alcázar hacia el llano, y damos junto al convento que guarda la tumba de San Juan de la Cruz: al borde del camino uno de los ríos que bordean el Alcázar; hacia la derecha un bosquecillo de álamos, luego una entrada pobre y descuidada que da acceso a la iglesia, pobre y fea. Hay una soledad casi total, con excepción de tres ancianas que salen cuando llegamos. A la izquierda, la capilla con la urna del santo, a la que lamentablemente no pude acercarme por estar cerrada la reja. No quiero tampoco llamar a ninguno de los custodios.

Estoy verdaderamente absorto ante dos circunstancias: una la de encontrarme ante estos restos tan queridos para mí; otra, la absoluta, la inconmensurable soledad de esta tumba, en medio de una España que no podrá entender nunca a su más grande poeta. Creo que ha culminado aquí mi viaje a España; que ya ha madurado algo y que es bueno mi retorno. San Jerónimo y San Juan de la Cruz han estado como presentes en este itinerario. Incluso mi alojamiento queda a pocas cuadras de la plaza San Juan de la Cruz.

La vuelta a Madrid se hizo al atardecer; estoy un poco fatigado y con una cierta melancolía que aumenta con la niebla de la ciudad. No tengo deseos de descansar y me pongo a repasar los acontecimientos. Luego redacto y corrijo el *Soneto ante la tumba de San Juan de la Cruz*, cuyo esbozo primero tracé en el auto, durante el viaje de retorno. Finalmente lo pongo en limpio en mi libreta de notas:

Estoy aquí sin silbo y sin cilicio
peregrino de un mundo que te espera,
y en esta ruda luz que te venera,
recupero el candor de tu solsticio.

Te llamo en esta tumba tierna, entera,
y clamo por tu verso estremecido,
donde habita el fulgor de un solo nido
y se aprende el fervor de tu ribera.

Si escuchas mi plegaria, y si olvidas
la tiniebla que somos, sin bandera,
concédeme aquel silbo con que cuidas.

Seré fiel a su noche. y en su esfera
habrá tanto candor de tus heridas
que arderán estas piedras en tu espera.

Bajo a tomar una taza de té y a escribir hasta la hora de la cena. La noche se presenta desagradable, y no creo que me convenga salir del hotel. Los días que restan no pueden quizá agregar ya nada. Ninguno de los dos españoles, comprometidos a acercarme a las organizaciones juveniles, ha aparecido. Aquí hay una atmósfera que me recuerda a Córdoba.

19 de enero de 1967.

No he tenido noticias del señor Giménez para la próxima reunión con el General. Después del desayuno hablo con la Srta. Elena, para concertar un encuentro con Giménez. Paso a las 10,00 horas por la oficina y devuelvo el folleto en inglés que me había sido entregado. Me informa que Jorge Antonio está en Barcelona y que la próxima entrevista será el sábado por la mañana. Es decir: será la última pues partimos a la noche de regreso a Buenos Aires.

Resuelvo aprovechar la mañana, relativamente apacible, para recorrer otra vez el Museo del Prado. Dedicaré la visita a Zurbarán, *El Greco* y Teniers. Hoy hay mucha gente, entre ellos norteamericanos y chilenos. Trato pues de evitar las aglomeraciones. Previamente recorro con mayor detención la sala de los primitivos españoles. Luego subo a la Sala de Zurbarán. Es en verdad un pintor contradictorio, pero

Escaneado con CamScanner

su genio está en un cierto expresionismo religioso del rostro, del hábito y de las manos, envueltos en una oscura diafanidad grisácea. Pero el descubrimiento de la mañana sin duda es Teniers. La serie de *Las tentaciones de San Antonio* es admirable. Hay una gran nitidez y humanidad, no exenta de sátira. El pintor domina aquí el tema satánico, dominándolo desde el lado de lo humano, lo simple y cotidiano. Su atmósfera, además, y la conjunción de una naturaleza de particular sugerencia (árboles, rocas, tierra, etcétera) ahondan esta cualidad pictórica tan particular. Las diferencias pues son notables con el terribilismo del Bosco o de Brueghel. Vuelvo al hotel a las 12,30 horas, en medio de una niebla fría y desagradable.

Almorzamos pasadas las 13,00 horas y me retiro a descansar, pues a las 16,00 horas pienso recorrer la Calle de los Libreros. Suena el teléfono a las 15,30 horas. Es la Srta. Elena que desea preguntarme algunos detalles personales, tal vez por indicación de Jorge Antonio.

Hace una tarde desagradable y llovizna, aunque no muy tupidamente. Ya en un taxi le indico que me lleve a la Calle de los Libreros, que queda hacia el fondo de la Avenida José Antonio, y cerca de San Bernardo. Efectivamente hay algunas librerías, pero muy malas. En una de San Bernardo hay libros francesas y alemanes; el ambiente es sórdido y poco amable. En realidad quiero encontrar grabados; allí tienen pocos y de mala calidad, aunque en la puerta un cartel anuncia "Grabados", con ostentosas letras, como si allí pudiéramos encontrar todos los que hay en el mundo. Es para mí otro signo de la España a lo Valle-Inclán. Pregunto por una casa donde los tengan; pero la sordidez del ámbito se refleja en la avaricia de las palabras. Probablemente saben, pero no quieren indicarlo. Camino largo rato, tal vez una hora, visitando otras librerías, todas más o menos parejas: creo que aquí es muy fácil que se acreciente el "mercado de las imágenes", tipo Editorial Codex, por la simple razón de una absoluta falta de sensibilidad musical. Además la natural tendencia plástica del hispánico acrecienta este peligro en un mundo mecánico, que alimenta sin interrupción tales tendencias.

Ha comenzado a llover copiosamente; hace un frío molesto. Las calles barrosas y sucias no invitan tampoco a caminar, pese a la previsible mojadura. Estoy desprovisto de implementos aptos para andar en la lluvia. Hay un olor característico de Madrid, que se torna desagradable con esta atmósfera. Decido volver al hotel y escribir algunas cosas, entre ellas una carta dirigida a Jorge Antonio, remitiéndole mi apreciación sobre el informe de la BB. acerca de la situación argentina.

Carlos A. Disandro y Martín Sierra Albornoz en Ezeiza, el 22 de enero de 1967, a su regreso de Madrid

Escaneado con CamScanner

Son las 19,00 horas; a poco llega Martín con noticias de las fotografías tomadas en la víspera. Bajamos a tomar algo caliente y conversamos hasta la hora de la cena. Martín quiere ir al cine y me pide que lo acompañe. Con los hispánicos que me presentaron habíamos quedado en arreglar varias reuniones, entre ellas algunas con gente joven; pero los promotores de tales vínculos al parecer se han esfumado. El proyecto de mi conferencia en el Ateneo ha naufragado, pues debe solicitarse alguna autorización que, incluso, llega a algún nivel ministerial. En cuanto a las promesas del Señor P. sobre la Facultad y el Instituto de Cultura Hispánica no creo que se concrete ninguna. Percibo aquí, como en Córdoba, un ambiente de recelo y temor, visible en la conversación con Alfonso de Lamadrid, ex director de una importante revista informativa y crítica, quien me ha presentado a otros intelectuales, verdaderas "eminencias". En definitiva, mi contacto con los medios intelectuales españoles ha sido escaso en estos quince días. Venía un poco preparado para que así fuera, sabiendo además que sin ningún respaldo oficial es improbable el acceso a ciertos ambientes. Intuyo, sin embargo, que se oculta en esto un aspecto del itinerario que viene. Por otro lado, mi misión es otra y la he cumplido cabalmente.

Después de cenar, acompaño a Martín a un cine céntrico. Es una película sobre el tema de la guerra de 1914: una imagen siniestra de la Alemania heroica, con un sutil veneno sobre la inutilidad del heroísmo; pero la gente la entiende de otro modo. Sigue lloviendo cuando regresamos.

20 de enero de 1967.

Vuelve otra vez a ser un día lloviznoso y desagradable. Martín quiere sacar fotografías en cuanto rompe un poco la cerrazón. Nos encaminamos al Museo del Prado; allí se toman algunas vistas. Deambulamos un poco por la ciudad. Finalmente encuentro una casa donde venden acuarelas y carbones con motivos españoles. Compro algunas, las más discretas. Tomamos algunas vistas de la Puerta del Sol, aunque no siento mayor entusiasmo en esta tarea. El día sigue incierto y de vez en cuando amenaza cerrazón o lluvia.

Volvemos al hotel casi a las 13,00 horas. Almorzamos y me llama el señor Francisco Giménez para confirmar la visita de mañana sábado a Puerta de Hierro. Siento verdaderos deseos de regresar, en vista de que aquí, en Madrid, he cumplido sustancialmente una etapa. Habría otras que completar, pero o yo no estoy preparado para ellas, o no tengo las puertas abiertas para su despliegue.

Salimos nuevamente a las 16,00 horas en dirección a Alcalá. Debo conversar con la Srta. Elena por algunos problemas pendientes. Voy a verla a eso de las 18,00 hora; sobre todo quiero entregarle el original de las apreciaciones sobre el documento, para las copias que pudieran hacerse. De paso le pregunto por una casa de grabados antiguos. Finalmente, después de algunas consultas telefónicas averiguan la dirección de una casa en Velásquez esquina Hermosilla: se llama Ruiz Vernacci. Está haciendo más frío y como no se con exactitud el lugar tomo un taxi, que me lleva bastante lento. Al final llego. Hay antigüedades y sobre todo parece una fábrica de antigüedades religiosas, y un depósito de los saqueos y aggiornamentos. Encuentro grabados valiosos; miro y compro cuatro. Los dueños son evidentemente nómades que negocian los despojos de los templos, casas y bibliotecas; probablemente esto ha de aumentar en España con el proceso post-conciliar; los mercaderes de las tiendas de antigüedades prolongarán a los mercaderes del altar; será el mismo comercio con un Dios oculto, negado, una nueva crucifixión.

La gente no advierte aquí la atmósfera que respira y se conforma con una extraña sordidez que no encuentro en el criollo. No se comprende como pueden crecer las virtudes humanas más generosas si todo está corrompido en el delicado nivel de los tejidos espirituales. Llega Martín con las fotos. Creo que han salido bastante bien. Deliberamos sobre el último encuentro con el General y sobre los preparativos de la partida, mañana a las 23,00 horas. Martín quiere salir, pero yo no siento deseos de caminar después de la cena. Prefiero descansar bien, pues se que en el avión no dormiré nada.

Escaneado con CamScanner

21 de enero de 1967.

Son las 9,30 horas; estoy esperando el coche que ha de trasladarnos a la residencia del General. Martín no ha bajado todavía. El día es espantoso, de frío y lluvia. Supongo que no tendremos inconvenientes para el viaje. Entretanto he releído algunas notas de este breve diario. Me pregunto porqué decidí escribirlo, ya que los acontecimientos son escuetamente cotidianos y simples. Fue en realidad un acto de disciplina y concentración, como un intento de convivir en un solo acto la totalidad de la jornada, y luego la totalidad de la experiencia. Esta unificación y síntesis, esta tendencia de la vida espiritual a resumirse en un espacio instantáneo que lo defina todo, es el mejor signo de una palpitación que descubre, asimila y penetra en nuevos actos vivientes. La experiencia los confirma o los destrona: si los confirma, brotan nuevas entidades, nuevas "especies"; si los destrona, se origina un trasfondo emotivo que es una poderosa fuerza de estímulos, como el humus para la planta. Martín ha traído ya las fotografías que haremos firmar por el General. Estoy un poco impaciente, pues debemos tomar el avión esta noche a las 23,30 horas y todavía quedan algunos detalles por coordinar. Poco después de las 10,15 horas llega el coche, enseguida partimos hacia la residencia por la ruta acostumbrada. Es un día fuertemente gris; parece que va a lloviznar, aunque de a ratos se contempla un esbozo de sol.

Somos inmediatamente atendidos por el General. Pienso que conviene hacer un resumen de las jornadas precedentes, pero tengo la impresión de que el General se encuentra algo fatigado. Mientras dedica y firma las fotografías – en total una dieciséis – para distintos compañeros, conversamos del país. Hay una atmósfera de melancolía que parece comunicarse a todo el ámbito y salir hacia el parque levemente brumoso. Por primera vez siento frío. El General nos da algunas últimas recomendaciones y mantiene su mismo tono sereno. Aproximadamente a las 11,15 horas le avisan por teléfono que habrán de visitarlo algunos argentinos que pasan por Madrid. Como en otras ocasiones insisto en que nosotros – Martín y yo – podemos retirarnos para que pueda atender con comodidad a los nuevos visitantes. Pero el General insiste a su vez en que nos quedemos. Además – observa – el coche no vendrá hasta las 12,15 horas. Seguimos pues la conversación. Ha contestado docenas de cartas, pero manifiesta su preocupación de que nosotros seamos portadores de ellas. Asimismo señala que a nuestra vuelta seremos requisados y que no es prudente correr un riesgo inútil por motivos sin importancia. Se entra en la consideración de las mejores vías de contacto, las que – según el General – serían por Montevideo para evadir el control argentino. Hay otras relaciones europeas que se reservan para cuestiones más graves. Observo atentamente al General mientras escribe con su gruesa lapicera y con un gesto de firmeza que se traduce en su letra clara, apretada y casi de relieve. No parece denotar preocupación ni melancolía; más bien hay una cierta conformidad y un saber esperar, tal como me lo ha subrayado varias veces en el curso de nuestros diálogos: "*Yo que soy viejo y he pasado por duras experiencias* – nos decía – *tengo más paciencia y se esperar más que Ustedes, que son jóvenes*": "*Yo soy zorro baleado*" afirmaba con mucha gracia en otra oportunidad, a propósito de su retorno. Hemos hablado hoy una vez más de la cuestión. La afirmación del General es contundente: "*quiero volver*" o "*vivo más en la Argentina que aquí*". "*Entraré por la puerta grande*". Entre los recuerdos del período 1943-1945, el que ha estado más presente y vívido ha sido el del 17 de Octubre. Sin embargo advierto las enormes dificultades de ese presunto retorno, no tanto en la oposición actual del régimen, cuanto en los supuestos amigos.

A las 11,30 horas llegan los argentinos: son dos señores con sus respectivas esposas que llegan desde Roma, al parecer de paso para la Argentina. Nos reunimos en el amplio salón del living. Martín y yo guardamos silencio, hasta que Victoria, la empleada, anuncia la llegada del coche. Es el señor Giménez quien esta vez viene a buscarnos. Ha llegado el momento de la despedida. El General nos acompaña hasta el hall de entrada; nos ayuda a colocarnos los abrigos, pues aunque hay un sol un poco más humano el frío se hace sentir con insistencia. Me abraza con efusión y creo que con verdadero cariño. Me recomienda cuidado, prudencia y tranquilidad. Un abrazo efusivo a Martín a quien despide con el trato de "hijo". Hay una entrañable atmósfera que el señor Giménez

Escaneado con CamScanner

observa sorprendido. Nos alejamos por el parque hacia el portón. Ha concluido aquí una etapa curiosa, extraordinaria y no exenta de misterio.

El auto toma la ruta hacia el centro de Madrid. Estamos callados y un poco tristes, como es lógico. No atendemos a los comentarios de nuestro acompañante que se refiere a la impresión causada en el General por nuestros comentarios, nuestra pasión y tal vez nuestra "ignorancia" de algunas cosas fundamentales de la política. Mantengo silencio sin indagar nada, pues prefiero la atmósfera humana de la despedida a los elogios del señor Giménez.

Llegamos al hotel donde han de transcurrir estas últimas horas madrileñas. Está lloviendo un poco más fuerte y no podré salir en horas de la tarde como pensaba. Me queda arreglar algunos detalles con la Srta. Elena, la secretaria de Jorge Antonio. Lo haré por teléfono. Martín ha salido para completar algunas de sus compras. El señor Giménez ha quedado en enviarnos el auto para conducirnos al aeropuerto de Barajas aproximadamente a las 22,00 horas.

Madrid, enero de 1967.

Testimonio de fidelidad

Atenas, 31 de julio de 1967.

Doctor Disandro:

En una suerte de peregrinación a las fuentes he podido llegar a Grecia. He intentado, en cierta forma, ser el portador del reconocimiento y la ofrenda amorosa de todos. El espíritu siente embriagarse en la contemplación de los testigos venerables de tanta grandeza, impregnarse con la fragancia de sus montes, del ligero aire que, en la Acrópolis o en las montañas de Delfos y Olimpia, parece elevar la tierra y acercar los cielos.

En la serena y digna majestad de sus sacros lugares he pedido que las Musas inspiren nuestra obra y, por todos, he reafirmado la decisión irrevocable de luchar hasta el fin por la perduración de ese mundo pleno de luz, armonía y belleza donde reine el espíritu de la Grecia Eterna.

Afectuosamente.

Roberto Cruz

Escaneado con CamScanner

(Viene de retiración de tapa)

He visto que, como le decía aquí, las cosas de la dictadura militar siguen de mal en peor. Basta observar los nombramientos y los primeros pasos de los nuevos "funcionarios" para percatarse de cómo irán las cosas en el futuro. He visto que, como todo lo hacía prever, Álvaro Alsogaray ya ha comenzado a cometer los mismos desatinos que lo hicieron el "hazmerreír" en otros tiempos, y que coloca a la dictadura en la misma triste situación que estuvo el gobierno de Frondizi. Es que hay hombres que son fatídicos para todo y éste es uno de ellos. Con otro de esta clase el gobierno estará enterrado para siempre. Un ignorante y mentiroso sin ingenio será siempre fatal para funciones estatales, y Alsogaray ha demostrado ya hasta el colmo poseer esas condiciones de enterrador.

En pocas palabras, cada día se perfila más esta dictadura como cipaya y reaccionaria, mechada de nacionalismo desfigurado, clericalismo y, sobre todo, ignorancia. El haber pretendido colocarse en posición supraconstitucional, para perpetuar en el gobierno a una camarilla con el poder absoluto colma toda medida. La Constitución, a los ciento trece años de su existencia ha sufrido el más fuerte mandoble de toda su historia, y el Pacto Federal desconocido puede ser el origen futuro de una disociación nacional que va más allá de lo imaginado. Todo parece obra de inconscientes e irresponsables. Veremos en qué termina todo esto.

El cuento que nos quieren hacer a nosotros los coloca en el plano de la mayor deshonestidad y nos invita a nosotros a que, a la insidia de la captación, le contestemos con la oposición más insidiosa. Poco tardará en formarse el frente de oposición en el que estarán todos menos nosotros por el momento, y comenzará la lucha; los militares contestarán como siempre con la violencia y allí arderá Troya.

Ese será nuestro momento porque caerán en nuestras manos. Pero todo indica que las cosas no han de quedar así y antes de lo que éstos imaginan se producirán cuestiones graves dentro de las fuerzas que apoyan a Onganía. Todo es cuestión de esperar atentamente. Saludos a todos los amigos.

Un gran abrazo.

[Cf. Enrique Pavón Pereyra, *Perón tal como es,* Buenos Aires, Editorial Macacha Güemes, segunda edición, 1973, pág. 154-156].

Escaneado con CamScanner

OPERACIONES JESUÍTICAS

En enero de 2008, la XXXV Congregación General de la Compañía de Jesús eligió Prepósito General de la orden jesuítica al español Adolfo Nicolás, un teólogo especialista en Semiología, ordenado sacerdote en 1967 en Tokio. Su trayectoria, sus estudios, su orientación ideológica hacen recordar a su antecesor, el también español Pedro Arrupe, fundamental propugnador de la aplicación del análisis marxista como principal herramienta intelectual en todos los institutos y en todos los niveles jerárquicos de la orden.

Según las diversas fuentes informativas, este "progresista" no estaba entre los principales candidatos que se postulaban a ocupar el estratégico cargo, por lo que su elección habría "resultado una sorpresa". El contenido de su primera homilía, pronunciada el 20 de enero de 2008, estuvo destinada – según sus propias palabras – sólo a los miembros plenos de la Congregación General; fue por lo tanto una alocución en la que el nuevo General explica a sus futuros subordinados los lineamientos principales de su accionar próximo.

Llama poderosamente la atención que Nicolás haya tomado como eje de su homilía un pasaje de Isaías, en el que el profeta de la antigua alianza explica el sentido de la servidumbre del hombre respecto de Dios. Dice textualmente el jesuita: "*La primera lectura de Isaías creo que nos da a todos nosotros, cristianos, un poco la visión de cuál es nuestra misión en el mundo [...] Dios nos hace servidores.; en esto el Señor encuentra satisfacción*". Más adelante, y refirmando sus conceptos, Nicolás afirma que deben "*servir a la Iglesia, servir al mundo*".

En este punto debemos preguntarnos a qué Dios se refiere Adolfo: ¿al dios monádico e infecundo del Antiguo Testamento que somete a los siervos a su designio y cólera? ¿O al Dios Trinitario, engendrador del Logos Encarnado, quien en su Evangelio nos invita a dejar de ser siervos para ser ahora amigos de Dios? Además, según la nítida semántica de San Juan Evangelista, servir a Dios, Trinitario y Teándrico, es incompatible y excluyente con el servicio respecto del mundo, cuyo arconte odia a Cristo Jesús y perseguirá a quienes confiesen su Fe inviolable en la Revelación Crística.

Este español "arrupiano" deberá tomar en sus manos las riendas de una orden globalizada y mundanizada que cuenta con 207 universidades, 715 colegios, 27 emisoras de televisión, 279 centros de espiritualidad, 199 revistas, 324 centros sociales y alrededor de 2000 parroquias; vale decir, un verdadero "ejército espiritual, cultural y político" que operará ahora según las órdenes estratégicas de este nuevo "general".

Y si del orden político de las naciones se trata, resulta altamente significativo el pasaje de su homilía en el que se detiene a reformular – ¿semiológicamente? – el concepto de "nación". Para el nuevo Prepósito General, las "naciones" no son ya las constituidas histórica y políticamente, con un afincamiento geográfico definido, cuyo despliegue en la historia es testimonio de la vitalidad heroica, creadora, lírica de los pueblos. Nada de eso. Para Nicolás "*hoy estamos aquí todas las naciones representadas [...] En efecto, aquí estamos todas las naciones geográficas, pero quizá existen otras naciones, no geográficas sino humanas: los pobres, los marginados, los excluidos [...] Todos los desaventajados, los manipulados, todos éstos, son para nosotros estas 'naciones'*".

El vínculo íntimo entre el sentido de "servidumbre" y el concepto jesuítico de "nación" configura el eje central de la futura estrategia jesuítica para el entero mundo; estrategia que reasume la "opción por los pobres" de su antecesor Arrupe y de sus adláteres propugnadores de la teología de la liberación. ¿Esta estrategia tiene por escenario el ámbito europeo? No necesariamente; antes bien, pareciera que la trayectoria, la experiencia pastoral y la ideología que expone Nicolás ubica los escenarios principales para el despliegue de las fuerzas de la orden en América Románica y en Asia, fundamentalmente en su frente oriental; tal vez en menor grado en ciertos sectores del continente africano. Vale decir: en las "nuevas naciones" del Tercer Mundo, devastado por el accionar de la plutocracia al servicio del mundialismo sinárquico, del cual la Compañía de Jesús es uno de los "ministerios" más eficaces.

¿Volverán los jesuitas a retomar – si es que alguna vez lo abandonaron – el análisis marxista como excluyente patrón para ver y exponer las realidades políticas, culturales y/o sociales de nuestras naciones históricas, cuya soberanía se encuentra en incuestionable riesgo? De ser así, podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la geopolítica jesuítica de Nicolás será una continuidad, modulada a estos tiempos, de aquella que desplegara Arrupe, cuyas consecuencias de confusión, enfrentamientos y destrucción deberemos volver a examinar para adelantarnos a los acontecimientos por venir. Para ir ganando tiempo, tal vez sea conveniente repasar el estudio de Carlos A. Disandro, "La estrategia de un poder sinárquico. La Compañía de Jesús y la teología de la violencia", en *La conspiración sinárquica y el estado argentino*, Buenos Aires, 1973.

Escaneado con CamScanner